BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL MONSTRUO DE LAS PROFUNDIDADES

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL MONSTRUO DE LAS PROFUNDIDADES

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

EL MONSTRUO DE

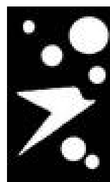
LAS PROFUNDIDADES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 123

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 43.613 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

118. — *Decisión y audacia*, J. Chandley

119. — *Octopus*, Curtis Garland

120. — *El monolito*, Marcus Sidereo

121. — *Ejército secreto*, Glenn Parrish

122. — *Como mundos de cristal*, Curtis Garland

CAPITULO PRIMERO

Años 300 de la segunda etapa del Planeta Tierra.

La materia se transformó, agua y fuego, hielo y lava... todo cambió. La faz de la Tierra quedó metamorfoseada, luego pasaron millones de años para quedar en su nueva forma.

Se produjeron las guerras primitivas hasta que las civilizaciones más inteligentes se impusieron, luego sobrevino la larga era de paz en la que los seres se preocupaban del estudio para mejorarse a sí mismos.

La ciencia ocupó un lugar primordial y llegó la era de los sabios. Entonces se estableció el nuevo calendario. No existían las estaciones porque dada la nueva configuración del planeta únicamente era habitada la ancha zona templada. Había una sola, inmensa, rica en todos los aspectos, vegetación, agua, minerales.

La gente, al revés de los últimos tiempos de la primera época terrestre, en la llamada era cristiana, gustaban de vivir en moradas en el campo, las grandes colmenas humanas que podían significar el aprovechamiento del espacio se habían descartado totalmente. Existían las capitales administrativas que agrupaban un determinado sector o zona. Cada capital era independiente, si bien existía una central general que no empequeñecía en absoluto las demás. La capital era lo que debía ser. Zona administrativa, de estudios de toda clase y centro de trabajo. Nada más. Ni siquiera en el centro vivía nadie, a excepción de los que por su trabajo tenían guardias que les obligaban a permanecer hasta después del cierre normal de todos los centros. Luego todo quedaba desierto, sumido en el más profundo silencio.

Los guardas de los laboratorios, grandes centrales, oficinas técnicas y administrativas, centros de investigación, etcétera, cumplían una

rutinaria misión ya que nadie merodeaba una vez terminado el trabajo. Todo el mundo ansiaba tomar el pequeño automotor individual para dirigirse a su vivienda, siempre en pleno campo e independientemente de la del vecino.

La rapidez de los desplazamientos acortaba las distancias.

Bastaba ver el sistema de rutas o carreteras ideado a partir del año cero, con amplia visión del futuro.

Teniendo en cuenta la exigua anchura de los vehículos de serie, de cincuenta centímetros de anchura, y un largo de 1'20, las pistas constaban de veinte canales dobles de circulación (las de una sola planta), y cada vehículo podía tomar el canal que más le conviniera desde el principio, sin temor a embotellamientos. A cada equis distancia cada canal tenía una salida subterránea tras breve desvío, lo cual hacía que la pista, al llegar a esas salidas adicionales, doblara su anchura.

La velocidad media era la de doscientos kilómetros a la hora. No había posibilidad de accidente, el motor funcionaba electrónicamente, no había escapes, ni gases de clase alguna. Ante una situación de peligro, gracias a un dispositivo radar, el vehículo aminoraba automáticamente la marcha hasta frenar. Si existía avería, otro dispositivo robot la detectaba y el auto tenía una potencia autónoma para deslizarse hasta la salida inmediata, donde un simple teléfono bastaba para mandar al mecánico que llegaba en helicóptero con el material necesario.

En algunos puntos donde la población había aumentado más, se había construido una carretera elevada encima de la que ya existía, con iguales características que únicamente variaban en los puntos de «salida secundaria». La red era mundial, así que no existían mejores o peores carreteras, ya se tratara del norte o del sur.

Para los grandes viajes, cuando la prisa era agobiante o existía el apremio de la urgencia, se utilizaban los aviones que cubrían las distancias a una velocidad de crucero de 8.000 kilómetros a la hora.

Administrativamente había un mando único. La Tierra era, pues, una nación única.

Las características de su configuración podían resumirse del siguiente modo: El mar, un único mar la circundaba convirtiéndola en una enorme isla.

Existían lagos en su interior y nacían ríos que desembocaban en el

mar. Al otro lado del mar existía la parte deshabitada, o mejor dicho inhabitable. Se había explorado a conciencia y no se halló modo alguno de vida. Bastaba, pues, con la zona habitada y había espacio para todo el mundo.

A partir de la llamada era de los sabios, cuando el deseo de descubrir los mundos del Espacio había llegado a su punto máximo, se crearon los «años». Es decir, se partió de Cero y desde entonces habían transcurrido otros trescientos años.

Los televisores, que eran pequeños instrumentos de bolsillo, sin necesidad de corriente de clase alguna, emitían un agudo pitido característico cuando iban a transmitir una noticia importante. Según la clase de sonido que emitía el pequeño artefacto la transmisión era de carácter urgente; existía también un sonido para las emisiones documentales. Eso sí, en todo momento se podía utilizar como consulta. Conectando el canal adecuado se podía resolver una duda o recibir información sobre algo concreto, igual que en un diccionario, pero más amplio y más práctico. Si una enfermedad retenía a un escolar en la cama, la televisión actuaba de pedagogo. En fin, era realmente un objeto útil, porque con los últimos adelantos se podía comunicar con un familiar y aquí el aparato se convertía en instrumento de doble utilidad. Buscando la onda familiar se hablaba con el padre que estaba en el trabajo o con el estudiante que se hallaba en el instituto.

Últimamente los pitidos o señales de información importante se habían sucedido más de lo normal. Se anunciaba repetidamente que tras los vuelos espaciales experimentales, se estaba trabajando afanosamente para llegar al planeta Damma, que estaba a una distancia de diez años-luz. Se habían elegido ya a los astronautas para el largo viaje.

El profesor Janos era el jefe de la operación, el comandante Falen iba a ser el jefe de la expedición, la fecha del vuelo todavía estaba por decidir.

Sin embargo, una de aquellas noches en las que la gente comentaba los futuros acontecimientos, tuvieron lugar dos sucesos que no parecían tener relación alguna entre sí. Dos sucesos que iban a afectar al futuro viaje interplanetario.

Sucedieron lejos de sí uno y otro.

Vayamos, por el primero que tuvo lugar en el Norte.

* * *

Era de noche. Todo estaba en calma y la tenue luz de un satélite bañaba la superficie y las tranquilas aguas del mar Eterno (el único mar).

De las profundidades, como un monstruo marino remoto y extraño, emergió una especie de caja cúbica de grandes dimensiones. La caja era como una cabeza alargada con dos grandes ojos luminosos que parecían otear la soledad de la inmensa y arenosa playa.

De la parte alta de la caja, del mismo color que el agua del mar, surgió una segunda caja más pequeña, elevándose hasta adquirir el tamaño normal de una persona en cuanto a altura.

El artefacto emitió unas débiles señales y luego, agrandándose todavía más, abrió una compuerta, de la que salió una embarcación de aspecto vulgar. La embarcación iba ocupada por un hombre de aspecto normal y funcionaba automáticamente, es decir, sin que el hombre condujera mando alguno.

Se dirigió hacia la playa, mientras la segunda torreta de la caja volvía a desaparecer y la compuerta se cerraba para terminar con la inmersión del extraño submarino hacia las profundidades.

El hombre llegó con su embarcación a la playa y allí dejó de funcionar como vehículo anfibio para deslizarse sobre la arena sin ruido y a velocidad prudencial.

El hombre usaba un diminuto aparato que debía efectuar las veces de control remoto y con él llevó la pequeña nave hasta un sendero de paseo utilizado por la gente en sus excursiones a pie. Hizo que la embarcación, convertida ahora en automotor, enfilara hacia la pista donde tomó una velocidad inverosímil que decuplicaba la normal en los vehículos conocidos en el planeta.

Era una hora en la que no circulaba nadie, por ello nadie pudo dar fe del paso del raro vehículo por una de las pistas.

El final de la ruta fue la cercana capital. La capital Espacial.

Dejó el vehículo en un subterráneo reservado al personal empleado en la central.

Solamente quedaban tres vehículos en el inmenso aparcamiento. Correspondían a los guardianes.

El desconocido, tras bajar de su vehículo anfibio, se dirigió al elevador que comunicaba directamente con el edificio de la central.

Un sistema de luces indicaba cuando el elevador estaba en marcha, pero el desconocido no utilizó los botones normales para dirigirse al piso que deseaba llegar, sino que empleó el control remoto. El elevador ascendió igualmente sin que ninguna luz detectara su funcionamiento.

Los tres guardianes del edificio efectuaban su continua ronda para marcar en los distintos relojes de control. En este aspecto el planeta no había cambiado. Era necesaria la introducción personal de una llave para marcar. No valían los adelantos, única forma de que el automatismo no permitiera a los guardianes efectuar la guardia... durmiendo.

El elevador se detuvo en la planta cuarta y última del edificio.

El extraño visitante salió y como si fuera un hábil conocedor del terreno que pisaba, recorrió todo un pasadizo hasta llegar a una de las puertas. La abrió. Se introdujo en uno de los laboratorios y allí comenzó una breve inspección. Breve porque también parecía saber lo que buscaba.

Tomó unos planos y las notas de unas fórmulas. Se aproximó a una pizarra donde estaban planteadas unas ecuaciones sin resolver. Borró algunos guarismos y los sustituyó por otros que él mismo anotó.

Cuando estuvo listo pareció que se aseguraba de que no le faltaba nada por hacer.

Tomó el pequeño aparatito transmisor que llevaba en la mano, dio un giro a uno de los diminutos botones y emitió una señal.

Todo había terminado.

El visitante había realizado su trabajo en escaso tiempo y desde la entrada a la salida del edificio no empleó más de diez minutos.

Los tres guardianes seguían su ronda sin notar nada anormal. Marcaban en los relojes, recorrían los corredores, entraban en las diferentes dependencias, todo con la normal rutina de lo cotidiano.

El visitante se alejaba ya con su especie de barca- automotor, que se deslizó por la carretera a la misma velocidad que en la ida.

Más tarde, en la playa, emergió el extraño submarino de las torretas dobles y hacia allí se dirigió el humanoide.

La pequeña nave se integró nuevamente en el submarino, que cerró la compuerta engullendo a vehículo y tripulante; luego se

sumergió nuevamente a las profundidades.

Este fue el primer suceso.

CAPITULO II

Caryl era el joven ayudante de dirección de una empresa de productos químicos.

Caryl vivía como todo el mundo en un apartado centro residencial, y todos los días tenía que ir y venir con su automotor de la casa a la fábrica y viceversa.

Aquel fin de semana no regresó a su casa.

La esposa de Caryl, Lona, llamó a través del teléfono audiovisual.

—Soy la esposa de Caryl Lenni —se presentó cuando en la pantalla apareció la imagen del director, señor Boronnat.

—¿Qué tal, señora Lenni?

—Bien, señor. Quería saber si mi marido tardará mucho hoy. Ya sé que tienen mucho trabajo, pero... como no me ha dicho que hoy iba a quedarse en la fábrica, estaba un poco intranquila.

—¡Un momento! —terció el director—. Que yo sepa su esposo ha salido a la hora normal. ¿Es que no ha llegado todavía a su casa?

—Pues no. Hace ya dos «controles» que debía haber llegado. Por eso he llamado.

—La verdad es que hay trabajo, por eso me encuentra usted aquí, pero Caryl no... Espere, consultaré a los porteros.

La señora Lenni pudo ver personalmente cómo el director, a través del intercomunicador audiovisual, hacía las investigaciones oportunas para localizar a Caryl.

Otra pantalla, en el despacho del jefe, se iluminó para reflejar la imagen de un portero que confirmaba:

—Sí, sí. El señor Caryl ha salido de la fábrica en el «control» habitual.

—Ya lo ha oído, señora Lenni. Su marido tendría que estar ya en su casa —dijo el director.

—Pues no está. Y él sólo necesita un cuarto de control para realizar el viaje. Vivimos cerca.

—Es extraño —repuso el director—. Avise a las fuerzas de emergencia por si tienen noticia de alguna anomalía, pero no creo…

Muy angustiada, Lona Lenni desconectó el teléfono audiovisual para llamar a las patrullas de emergencia, a través de uno de aquellos pequeños televisores.

Un agente de la patrulla le informó:

—Ruta número dos de la gran central, completamente normal. ¿Qué número tiene el automotor de su esposo?

La señora Lenni respondió: —B. OC-24.

—Consultaremos el registro de «paso».

Y en la misma pantalla del televisor, la señora Lenni pudo ver cómo los agentes buscaban el paso del B. OC-24.

La operación se llevó a cabo en un brevísimo plazo de tiempo.

—No, señora Lenni. El vehículo B. OC-24 no está registrado. ¿A qué control supone que ha pasado por aquí?

—Entre el tercer y el cuarto control (1[1]). Estoy segura —repuso ella.

La facilidad con que quedaban grabados todos los datos permitió a los agentes de la patrulla de emergencias comprobar que Caryl Lenni no había pasado por aquella ruta que solía utilizar normalmente.

—Puede que haya tomado alguna desviación o que se haya dirigido a otro lugar —informó el agente.

—No, no. Me lo hubiese dicho.

—Los controles son automáticos. Usted lo sabe. No se puede escapar ningún automotor. Repetimos: el B. OC-24 no ha pasado por aquí, ni en todo lo largo de la ruta.

—Gracias, agente —repuso la mujer, y desconectó nuevamente.

¿Dónde estaba su marido?

Sólo cabía una última solución. Llamar a la Gran Central de emergencias.

El televisor le puso en contacto con el ordenador electrónico de datos y señales que facilitaría la búsqueda del B. OC-24.

El ordenador se puso en movimiento para localizar el vehículo en alguna parte, donde quiera que fuera.

La décima parte de un «control» fue suficiente para que aparecieran los datos que buscaba.

Una voz metálica y automática tradujo los datos.

«Automotor B. OC-24 detenido en zona 346. Sin conductor. Vehículo en perfectas condiciones.»

Localizado el vehículo sólo cabía hacer una cosa: dirigirse a la zona 346.

Lona Lenni tomó su propio automotor y se dirigió a la 346, tras localizarla en un mapa.

La zona indicada por el ordenador general estaba bastante alejada y se precisaba de todo un control para llegar hasta allí.

«¿Qué ha podido ir a hacer Caryl en ese sitio?», se preguntaba Lona mientras conducía su automotor al máximo de velocidad.

La luz natural del día declinaba cuando llegó al lugar indicado.

Era una zona sin edificar. El campo libre como se llamaba. Un gran e inmenso prado que algún día se cubriría de viviendas, de huertas o de jardines.

Era como un mar de hierba y por el fondo, en el lejano infinito, un horizonte sin límites.

En medio de aquella bella explanada se encontraba el automotor B. OC-24.

¿Qué estaba haciendo allí?

Lona condujo con precaución sobre el mar de hierba hasta detener su vehículo junto al de su marido.

Estaba vacío.

Miró en derredor en la hora del crepúsculo. Podía verse bien aún,

y en aquella inmensidad habría sido fácil ver a cualquier humano que se moviera. Todo estaba libre, despejado.

Era campo abierto y la atmósfera límpida, transparente, sin embargo no había el menor rastro de nadie, ni huellas, ni pisadas. Nada.

—¡Caryl! —llamó la mujer.

Su voz se perdió sin resonancia en aquel inmenso espacio.

—¡Caryl!

Sólo le contestó el silencio. El gran silencio.

Aquello no tenía sentido. No podía tenerlo. ¿Quién había llevado el vehículo hasta aquel lugar?

—¡Caryl!

Resultaba patética la figura de Lona en aquellos confines, patética su voz y su expresión.

Regresó a su casa convencida de que allí no había nadie.

«Si hubiera ocurrido algo —se dijo a sí misma hablando en voz alta—, lo hubiera sabido. Nuestro planeta está superespecializado, superautomatizado, ningún detalle puede pasar inadvertido por el Gran Ordenador. Nada, excepto lo que ocurre en los hogares privados escapa del control central… ¿Dónde está, pues, Caryl?»

* * *

Al segundo día, festivo (1[2]), Lona Lenni se dirigió a casa de su padre, el profesor Vandess.

Le expuso lo que ocurría y el hombre mostró su enorme extrañeza.

—Lo que dices es fantástico, hija. No puedo entenderlo. Si esto hubiese sucedido en épocas remotas… tengo entendido que entonces existían los llamados ladrones de vehículos. Ahora esto es imposible. Cada cual dispone del suyo, por tanto nadie puede haber robado el automotor a Caryl para abandonarlo después… Además, si tal cosa hubiese sucedido, el paso de su vehículo hubiera quedado registrado en alguna ruta. ¿Lo has consultado?

—No.

—Lo consultaremos ahora.

Nuevamente el televisor hizo las veces de intermediario entre los consultantes y el gran ordenador.

La respuesta fue:

—Automotor B. OC-24, ruta 201, de Gran Central a zona 346.

—¡Ruta 201! —exclamó ella—. No comprendo cómo Caryl pudo tomar esa ruta.

—¿Vive algún conocido vuestro en ese sector?

—No padre, ninguno. Además, allí no hay nadie. Es una ruta del futuro. Cruza el campo libre.

—¿Y por qué Caryl la eligió entonces? No cabe ningún error posible, ningún descuido. Es extraño...

—¡Y tanto! No puedes imaginarte la angustia que siento.

—Cálmate, Lona. No puede haberle ocurrido nada. Las señales detectoras lo habrían registrado. Todo está previsto en nuestra civilización. Aquí ya no es posible cometer equivocaciones de épocas pretéritas.

—De acuerdo, padre. Es maravilloso vivir en este planeta, pero, ¿dónde está mi marido?

El padre de Lona guardó silencio.

—Algo debe fallar en el sistema. Caryl no regresó ayer a casa, su vehículo aparece abandonado en campo libre y nadie puede darme una explicación concreta.

—Ten calma —repitió el profesor—. Caryl volverá... Puede que... —vaciló.

—No hay posibilidad de avería. Comprobé que el vehículo marchaba perfectamente. Además, según el sistema de averías también quedan igualmente detectadas. ¿No?

—Sí, hija, tienes razón. En fin... Sólo queda el recurso de esperar.

—¡Esperar! ¿Pero a qué... ?

CAPITULO III

Al término del tercer día festivo tuvo su epílogo el segundo de los extraños sucesos.

Para entonces los insistentes zumbidos de los aparatos televisivos comenzaban su escucha para recibir importantes noticias.

Un locutor «real» informaba de los acontecimientos ocurridos en la Gran Central de investigaciones espaciales.

—Como todos ustedes saben, sigue sin descubrirse el misterio de las desapariciones ocurridas en el laboratorio donde se preparaban los últimos detalles para el gran proyecto Damma.

El locutor repetía la noticia dada oportunamente y que Lona ya conocía por haberla oído la última mañana laboral, tras la marcha de su marido a la fábrica.

—Los planos robados del laboratorio eran de vital importancia, así como algunas fórmulas de carácter esencial que fueron sustituidas por alguien muy entendido en la materia... ¿Pero quién es ese alguien?

El locutor proseguía:

—Los detectores y los sistemas de seguridad funcionan a pleno rendimiento, pero el ladrón o ladrones no han dejado la menor huella de su paso por los lugares de donde sustrajeron tan alta y valiosa documentación.

»Por otra parte, las autoridades se preguntan qué interés pueden tener esos documentos para nadie. ¿Para qué los quieren? Se admite la posibilidad de que un desequilibrado escapado de control haya podido realizar tamaña fechoría, pero en tal caso es extraño constatar que no haya dejado huella alguna. No hay ningún registro de que ser humano alguno haya utilizado los elevadores o haya cruzado los pasillos, o ni siquiera que hubiera entrado en el laboratorio donde cometió el robo, cuya puerta de seguridad no muestra la menor marca de violencia alguna y todo el mundo sabe que esta clase de puertas funcionan por control electrónico sólo manejable por quienes están en posesión de la clave. Es éste, pues, un misterio que por el momento no se puede desentrañar y se pide a todos los habitantes que extremen sus precauciones, que estén alerta ante cualquier anomalía, por

insignificante que parezca, cualquier dato extraño podría estar relacionado con este hecho insólito que comentamos…

Inmediatamente, Lona cortó la emisión y pensó en el caso de su marido.

Aquél era un hecho igualmente extraño y no precisamente de escasa importancia.

Se dijo que debía llamar a las oficinas de seguridad y emergencia para denunciar el caso.

Tomó el teléfono para poner en práctica lo que había decidido y en ese momento se abrió la puerta de la casa.

Se volvió instintivamente y pudo ver a su marido.

Apareció con el rostro un tanto desconcertado, como si todo lo que le rodeara fuera extraño para él. O tal vez lo que su esposa pudo advertir eran huellas de cansancio.

—¡Caryl!

Corrió a abrazarse a él, que la recibió impasible, sin muestras de entusiasmo, frío y estático.

—¡Caryl! ¡Amor mío! ¿Dónde has estado? ¿Qué ha ocurrido? ¡Oh! ¡Si supieras lo que me has hecho sufrir…!

—¿Sufrir? —inquirió él como si la palabra le extrañara.

—Sí,… sí… He estado los tres festivos sin verte, sin saber dónde estabas ni qué había podido ocurrirte… Cuando vi el automotor abandonado en la ruta 346, en aquel intenso descampado…

Había dejado de abrazarle, le observaba.

El parecía igualmente aletargado, ausente. Y permanecía inmóvil con idéntica frialdad.

—¡Caryl! ¿Qué es lo que te ocurre? Cuéntamelo todo. ¿Necesitas de mi ayuda?

—No, no. No necesito nada.

Avanzó con paso seguro y rígido a la vez y contempló los sillones funcionales que formaban un círculo en derredor de una mesa.

Su mujer le miró incrédula.

Era él, efectivamente, era Caryl, pero parecía otro… en su forma de comportarse.

Caryl era un marido afectuoso que la colmaba de mimos en cuanto regresaba de los «controles» diarios de trabajo. Un marido que le gustaba vivir en el hogar, cuidar del jardín, aborrecía las reuniones porque prefería estar a solas con su mujer… Sin embargo, ahora…

Se dejó caer. Su sensación no era de cansancio normal. No. Su cansancio, en todo caso, parecía fuera de lo normal.

—¡Por lo que más quieras, Caryl! ¿Dónde has estado? ¿Qué ha sucedido?

La puerta de la casa había quedado abierta. Ella, al ir a cerrarla, vio el automotor de su marido detenido delante de ella, dispuesto para salir al trabajo después del período reglamentario de descanso.

Como él seguía sin contestar, Lona, tras cerrar la puerta, preguntó:

—¿Quieres algo para comer? Todos estos días no debes haber tomado las tabletas vitamínicas… Te prepararé…

—No —respondió él, hablando por primera vez desde que había regresado—. No quiero nada. Me iré a descansar… Pero no estoy cansado.

—¿No estás cansado? Bueno… Si no quieres decirme lo que ha ocurrido, no lo hagas… Pensé que te gustaría confiar en mí. Siempre lo hiciste, Caryl.

—No ha pasado nada, Lona. No ha pasado nada —repuso él y se levantó para dirigirse a la blanda cama, cuya especie de colchón espumoso descansaba en el suelo elevándose a una altura equivalente a los sesenta centímetros.

Se tendió sin desvestirse.

La cama, por estar situada en un ángulo de la misma pieza, permitía a Lona examinar a su marido, observarle.

El quedó con las manos apoyadas en la nuca, mirando hacia el techo, con la mirada perdida hacia algún punto inconcreto.

Silenciosa, sin apetito alguno, ella intentó entablar conversación buscando otro tema.

—Debes haberte enterado de la desaparición de los planos y de las

fórmulas, ¿eh? La televisión no ha cesado de repetirlo.

—Sí, lo sé… —repuso él.

—Oye… ¿Donde estabas… también había televisión? —preguntó ella.

La pregunta resultaba estúpida porque en todas partes existía aquel medio comunicativo, pero Lona lo que deseaba era «entrarle» por alguna parte. Romper aquel extraño hielo.

—Donde estuve, Lona… Todo es perfecto, todo…

—Sí, querido. Dicen que en nuestro planeta todo lo es. Que antes era distinto… En la primera fase de la Tierra, cuando…

—No estoy hablando de «Tierra» —cortó él con voz lejana, fría e impersonal.

Tampoco parecía ser él quien hablaba.

—¿Qué estás diciendo?

—Que lo perfecto no está en nuestro habitáculo, Lona.

—¿Eeh?

—Estoy hablando de Damma.

—¿Damma?

—He estado en Damma…

—¿Eeh? ¡Oh! —reaccionó sonriendo la mujer—. Tú estás bromeando.

—No bromeo.

—¡Damma está a diez años-luz! Lo dicen los sabios, los científicos…

—¡Qué saben ellos! ¡Qué saben todos en Tierra! Lo que llamamos adelantos en Damma no son más que antiguallas… ¡Diez años luz! ¿Y qué es esto? Damma está aquí mismo, más cerca que la fábrica donde trabajo.

Ella le escuchaba entre asombrada e incrédula.

—Damma es algo que… todos deberíamos conocer. Allí sí que no queda nada al azar, Los hombres de Damma son superdotados. Han

resuelto todos sus problemas. No les queda nada por descubrir.

—No puedes hablar en serio, Caryl… Tú deliras… O bromeas. Te estás burlando de mí… Di que es verdad. Di que todo esto era una broma.

—No, Lona, cuando se ha estado en Damma ya no se puede bromear, porque todo se ve distinto. Y yo… he estado en Damma.

La aseveración fue concluyente, categórica.

Lona no podía creerlo. Sólo podía estar segura de lo que veía con sus propios ojos y en aquellos momentos lo que veía era a su marido al que le costaba trabajo reconocer; no por el físico, sino por el carácter, por la forma de comportarse.

¿Había estado realmente en Damma?

¿Qué le habían hecho allí?

Era absurdo creer que en las tres fechas normales de descanso hubiese tenido tiempo de ir y volver de un planeta que estaba probado, se hallaba a diez años luz.

—Sí… He estado en Damma…

CAPITULO IV

Lona fue a consultar con su padre.

Era día de labor, el primero tras las tres fechas reglamentarias de descanso.

Le explicó todo.

—¿Tú qué opinas, padre?

—No lo sé. Pero creo que debes dejarle. No le lleves la contraria. Puede que se trate de un trastorno pasajero. Tengo entendido que Caryl trabaja mucho últimamente.

—En la fábrica tienen mucho trabajo. Experimentan con el nuevo combustible.

—¡Lona! —exclamó de pronto el profesor como si acabara de recordar algo importante.

—¿Qué, padre?

—Ese nuevo combustible... ¿No es el que van a utilizar para el proyectado viaje al planeta Damma?

—Bueno, creo que sí... —repuso ella.

—¡Claro! Lo anunciaron hace tiempo. Dijeron que habían encontrado una fórmula nueva... La mezcla de algunos complementos orgánicos con la materia habitual.

—Sí... —musitó ella—. Pero... , ¿crees que... ?

—Fíjate bien, hija. Tu marido desaparece y luego regresa con una actitud extraña, según tú misma lo has descrito.

—¿Y tan extraña, papá! No parece el mismo.

—La noche anterior, alguien entra en un laboratorio de la Gran Central Espacial y se lleva importantes planos... Creo que tienes que hablar con tu marido. Que te dé más información de ese viaje a Damma. No le contradigas en nada. Déjale hablar y cree todo lo que él te diga.

—¿Qué es lo que sospechas, padre?

—Sospechar, nada... Pero si fuese cierto que él hubiese ido a Damma... No sé, no sé... Estas desapariciones son muy extrañas, sobre todo lo que se refiere a los documentos. Sin los datos recopilados el vuelo tendrá que aplazarse... Es como si fuese hecho a propósito.

—No entiendo nada...

—Hija. Yo también trabajo para la ciencia. Nunca he descartado la posibilidad de que otros mundos fueran habitados, y de ser así, me inclino a creer que sería posible entenderse con criaturas de otros espacios; pero también cabe la posibilidad de que existan seres agresivos, contrarios a nosotros y a nuestro modo de pensar, o a nuestros esquemas de vida. Seres celosos, tal vez... Si tu marido ha hecho ese viaje, no puede haber ido solo. «Alguien» tiene que haberle llevado... Me gustaría estar contigo cuando te lo cuente, pero temo que en presencia mía no quiera hablar. Hay que tomar precauciones. ¿Sabes? ¡Anda! ¡Pruébalo tú!

—¿Me pides que haga de espía de mi marido? —inquirió ella enmarcando las cejas y mirando con reproche a su padre.

—Sólo que me digas aquello que pueda ser interesante, pequeña. A ti también te gustaría saber la verdad, ¿no?

Lona tuvo que admitir que sí. Luego se despidió de su padre.

* * *

Tras los dos controles de trabajo normal, Caryl regresó a su hogar.

Durante la comida, la mujer con alguna timidez empezó a efectuar las preguntas que su padre le había aconsejado.

Caryl parecía estar de vuelta de todo, adivinar los pensamientos de su mujer y saber de antemano cuáles iban a ser las preguntas que ella estaba dispuesta a formular.

Caryl le evitó trabajo al explicar por sí mismo:

—Sentí que una fuerza poderosa me atraía hacia una ruta distinta de la habitual... Y entonces tomé la pista hasta el cruce que debía llevarme hasta allí donde la «fuerza» me empujaba. Era el descampado donde tú estuviste —aclaró.

—¿Te esperaba alguien allí?

—Una nave de Damma.

—¡Una nave!

—Sí. Una nave pequeña. De las que ellos tienen para viajes individuales. Dirigida automáticamente.

—¿Y con quién hiciste el viaje? —preguntó ella.

—Con nadie.

—Pero…, ¿cómo te atreviste a subir?

—Sabía que tenía que hacerlo.

—¿Lo sabías?

—Sí, Lona. Lo sabía.

—Pero, ¿cómo podías saberlo? ¿Cómo podías suponer que la nave era de Damma? ¿No podía ser uno de esos bólidos que usan en nuestro planeta para viajes experimentales?

—No, Lona. Sabía que no era uno de nuestros bólidos. Aquella nave pertenecía a Damma. Lo sabía. Igual que sabía que tenía que subir. Tenía que hacerlo.

—No lo comprendo.

—Es difícil para nuestra mente asimilar ciertas cosas. «Ellos», Lona, son así.

—¿Cómo?

—Tampoco te lo puedo explicar.

—Quieres decir que… te «influenciaron». Te autosugestionaron… ¿Es eso, verdad?

—Llámale como quieras, pero yo te aseguro que las cosas se ven con perfecta claridad cuando ellos «te guían».

—¿Y te guiaron?

—Verás… cuando supe que tenía que subir y realizar aquel viaje, entré en el vehículo. La puerta se cerró por completo, basculando rápidamente, sin dejar un solo resquicio. El viaje se efectúa a pie. Hay unas correas para sujetarse cuando se llega al estado de ingravidez.

Supe que tenía que sujetarme y cuando estuve a punto la nave entró en funcionamiento. El viaje fue rápido, infinitamente más rápido que la luz, que el sonido, que todo lo conocido. Tuve la sensación de

que mi cuerpo perdía peso, pero fue sólo un instante, porque nuevamente la nave se detuvo. Y ya estaba en Damma…

Hablaba sin entusiasmo, como si recitara algo que se hubiese aprendido de memoria y que además no le produjera la menor sensación.

La que seguía asombrada era la esposa.

Lona escuchaba de labios de su marido aquel relato increíble que él explicaba sin esfuerzo alguno, como si se tratara de la cosa más natural y corriente.

—¿Y cómo es Damma? —preguntó.

—El planeta es pequeño. Debe ser diez veces más pequeño que el nuestro. Sólo hay una única ciudad. Todo está concentrado en ella. Lo demás está abandonado, inculto, no vive nadie fuera de las murallas.

—¿Murallas?

—Bueno, son unos escudos protectores de rayos dañinos, una autodefensa contra invasiones extraplanetarias, y también para mantener la pureza de su climatología.

—¿Quieres decir que… Damma es una ciudad «cubierta»?

—Algo así.

—¿Y qué hace la gente allí, cómo viven, cómo son?

—Son como nosotros en su aspecto externo. Y se han erigido en el planeta guía. Ellos controlan el cosmos. Saben lo que ocurre en otros habitáculos y destinan a sus hombres a la investigación. Si algún planeta descubriese algo realmente nuevo para ellos, lo sabrían en seguida y lo asimilarían si redundara en su propio beneficio.

—Pero, ¿y los demás…?

—No hacen nada. Todo está resuelto. Todos están al servicio del Consejo Regulador del Sistema, pero mientras no se les necesita, pueden vivir libremente.

—Pero, ¿de qué se alimentan? ¿Cómo visten?

—Los talleres que confeccionan sus ropas son automáticos. Unos robots cuidan de recoger las materias necesarias para transportarlas a las fábricas. Allí se fabrica todo, también de forma automática. Cuando uno necesita algo va a buscarlo, simplemente.

—¿Y la comida? ¿Las vitaminas?

—Brota del manantial particular. Toman un alimento diario a una hora determinada. Tienen como… una especie de grifo. Allí sale el líquido preparado que les mantiene. Aquello les basta.

—¿Y el resto del tiempo?

—Repasan todo lo que se les enseña al nacer. Cada persona de Damma lo sabe todo. No hay diferencias entre los habitantes.

—Pero… hay hombres y mujeres, ¿no? Quiero decir personas macho y personas hembra.

—Esta cuestión es distinta. La gente no vive aisladamente o por parejas. No forman familias, forman comunidades. Viven agrupados, cada cual donde ha sido designado. Los pequeños, los neonatos tienen también sus pabellones exclusivos.

—¿No viven con sus padres? —inquirió ella vivamente interesada por aquella cuestión.

—La palabra padres no existe. Es decir, no se le da el mismo significado que entre nosotros. Los padres del planeta son los miembros del Gran Consejo Regulador.

—No… No lo entiendo, pero las mujeres… cuando un hombre y una mujer quieren tener un hijo…

—Ni el hombre ni la mujer son quienes lo deciden, sino el Consejo.

—Pero… esto es monstruoso

—No, Lona. Esto es justo. En Damma siempre hay el mismo número de personas. No se necesitan más, ni quieren ser menos. Ten en cuenta que allí la vida es muy duradera, porque las curas de vejez se practican con frecuencia. Se rejuvenece el organismo y pueden vivir indefinidamente hasta que han perdido su capacidad… Es decir, cuando ya no son capaces de seguir dominando todos sus conocimientos. Entonces se les reemplaza.

—¿Cómo?

—Se les manda a la zona del silencio.

Ella palideció.

—Quieres decir que…, ¿se les… elimina?

—Pierden todos los derechos. Se les abandona sin alimentos, hasta que ellos mismos acaban.

—¡Oh, Caryl! Esto que estás contando es terrible.

—No. Es la perfección.

—¿Cómo puedes llamar perfectos a unos seres que... los has descrito casi como si fueran autómatas, sin corazón?

—Cuando no existe el corazón, no son posibles los desengaños, ni las tristezas...

—Todo lo que tú quieras, pero...

—Tampoco es posible discutir... —cortó Caryl.

—Pero discutir és bonito... Que no quiere decir lo mismo que pelearse, simplemente hablar, exponer libremente la propia opinión, expresar lo que se piensa. Esto es el principio de toda libertad, y sin esa libertad no puede existir lo que tú llamas perfección —definió Lona

—¿Te das cuenta? Aquí hablamos, hablamos, sin saber el significado de nuestras propias palabras. Los hemos dado un valor a todas, un valor absoluto y somos esclavos de esos valores.

—No somos esclavos, vivimos de acuerdo con unas normas. Así debe ser.

—No, Lona —negó él con la cabeza—. Vivimos atrasados. Nuestro planeta en todas sus fases ha sido siempre lo mismo, una comunidad de hombres atrasados, demasiado estúpidos para llegar a ser sabios verdaderamente, demasiado apegados a nuestros convencionalismos absurdos.

—Caryl... ¿Cómo es posible que tú hables así? ¿Cómo te han podido cambiar en tan poco tiempo?

—No me han cambiado. He visto claro, simplemente.

—¡Caryl! ¿Por qué te llevaron allá?

—Porque querían que alguien de la Tierra pudiera comprobar personalmente su sistema de vida.

—¿Y tuviste que ser tú precisamente?

—Me consideran inteligente y capacitado para comprender...

Ahora tengo una misión que cumplir.

—¿Una misión? ¿Te encargaron una misión?

—Sí, Lona. Una vez la haya cumplido volveré con ellos. Me lo prometieron.

—¡Caryl! —exclamó ella que realmente comenzaba a inquietarse de veras.

En ningún momento había dejado de creer lo que le había contado su esposo.

Por extraño y fantástico que le pareciera su relato, intuía la verdad. Bastaba con mirarle a él y comprender la gran transfiguración que había sufrido durante aquella breve ausencia de las tres jornadas festivas.

—¡Caryl! —repitió—. ¿Piensas abandonarme?

—Pienso irme allí. Con ellos.

—¡Oh, Caryl! Vayas donde vayas yo quiero ir contigo. Soy tu mujer... Tú me elegiste... Mutuamente nos prometimos fidelidad. No te dejaré, Caryl. No te dejaré.

—En Damma no existe la vida en común. Ya te lo he dicho...

—¡Oh, Caryl! Si tuviéramos un hijo... Si el Ser Supremo en el que todos creemos nos ayudara a conseguir ese hijo..., sé que todo sería distinto.

El sacudió la cabeza convencido.

—Aquí, todos son problemas, Lona. Ya lo ves. Allí es distinto. Muy distinto. Y mucho mejor.

CAPITULO V

—Tiene que verle un médico —sentenció el profesor.

Había acudido a ver a su hija durante los «controles» de trabajo, mientras Caryl estaba en la fábrica.

Era la segunda jornada tras aquella misteriosa desaparición. Ahora el profesor había sido puesto al corriente por Lona de la conversación sostenida por el matrimonio.

—Hablaré con el doctor Tanker —añadió el padre de la muchacha.

—No, padre. Será inútil. Le conozco.

—Tenemos que conseguirlo. Lona. Caryl está enfermo, sea o no verdad lo de su relato, está enfermo.

—¡Le han vuelto enfermo, padre!

—Tendríamos que informar a las autoridades, pero antes me parece que debe verle un médico. Tienes que luchar para lograrlo, hija. Esto puede ser muy grave.

—¿No crees que haya estado en Damma?

—Es todo tan fantástico.

—No del modo que él lo relata, padre.

—¿Grabaste la conversación?

—No. No lo hice.

—Escucha, pon las cintas grabadoras cuando volváis a hablar, puede,.. , puede que se te haya escapado algún detalle,

—No, padre. Caryl es mi marido y esto no está bien. Nuestras conversaciones no pueden interesar a nadie.

—¿Tú quieres salvarle, verdad?

—Claro que quiero salvarle.

—Caryl necesita ayuda...

—Lo sé, lo sé —repuso ella desesperadamente.

—Intenta saber cuál es la misión que, según él, le han asignado los seres de Damma.

—Lo intentaré.

—Esto no sé si puede ser o no importante, pero conviene saberlo. Cuantos más datos tengas, mejor... ¡Ah, y otra cosa!

Haciendo memoria el profesor relacionó la desaparición de su yerno con el extraño robo en los laboratorios centrales.

—Pudiera tener algo que ver...

—¿Es que piensas que pudo haber sido él?

—Yo no pienso nada, hija mía. Sólo que todo esto es muy extraño, y tú, sin tener arte ni parte, estás mezclada, en ello. Afortunadamente en nuestro planeta sí existen sentimientos... Puede que tengamos más problemas, más disgustos, pero bienvenidos sean estos problemas y estas contrariedades si podemos hallarles solución. La familia sigue siendo para nosotros la base central de nuestra sociedad. Tenemos la obligación de ayudarnos todos, como seres humanos que somos.

* * *

Entretanto, Caryl trabajaba en la fábrica.

Su actitud en las dos últimas jornadas también había causado extrañeza entre sus compañeros, aunque por su cargo no debía mantener una constante relación con ellos y como su trabajo era más bien aislado y solitario, quienes tenían que tratarle lo achacaron a dificultades en el trabajo o problemas internos, aunque no dejaron de comentarlo.

—¿Qué le pasa a Caryl?

—No lo sé, pero he notado algo extraño en él.

—Quizá debiéramos preguntárselo.

—No estaría de más.

A la hora de salida, cumplidos los dos «controles» de trabajo, Caryl

salió silencioso para dirigirse al depósito subterráneo en busca de su automotor, pero entonces fue llamado por el director Boronnat.

—¡Caryl!

Se volvió casi automáticamente y fue a su encuentro.

Dos compañeros de la fábrica le aguardaban.

—Caryl, pase a mi despacho. Quiero hablar con usted. Supongo que ya imagina de qué se trata.

—Sí, señor. Lo imagino —repuso sin inmutarse.

A solas en el despacho, el director le examinó detenidamente.

—¿Qué pasa con el combustible exactamente? Han surgido algunos problemas que ya habíamos superado.

—He mezclado los productos.

—¿Que ha mezclado…? No acabo de entenderlo, Caryl. Explíquese.

—He variado las fórmulas, señor.

—¿Ha perdido usted el juicio? ¿Cómo se ha atrevido? Me hablaron de anomalías. Yo creía plenamente en usted. Sabe cuán importante es nuestro trabajo. ¡Caryl! ¿Cómo se le ha ocurrido hacer tal cosa?

—Era necesario, señor. Sin ese combustible no será posible realizar el viaje a Damma.

—¿Eeh? ¿Trata de sabotear los proyectos del Mando?

—Trato de impedir que lleguen a Damma. Nada más. Es una misión que debo cumplir.

—Caryl… Debe estar usted muy cansado. Haré que le vea uno de nuestros médicos.

—No tiene que verme ningún médico, señor —fue la categórica respuesta del joven—. Me encuentro perfectamente y sé lo que hago…

—Vaya a su casa, Caryl, no regrese por el momento. Su caso debe ser grave y tendré que consultarlo. No se mueva hasta tanto no se le avise.

—Es inútil que piense sustituirme, señor. La fórmula exacta registrada en el ordenador ha sido variada.

—¿Qué dice? —Boronnat no salía de su asombro. Por el contrario, Caryl hablaba con todo aplomo.

—Que ya no existe la fórmula. Yo la he destruido. Esto producirá algún retraso, durante el cual espero poder convencer a todos que no vayan a Damma.

—Pero... ¿Quién... quién le ha metido esta absurda idea en la cabeza? ¿Para quién trabaja, Caryl? ¡Oh! Estoy pensando que ese robo extraño en la Gran Central... ¿Tiene usted algo que ver en ello?

—No, no, señor. Yo no tengo nada que ver en el robo. Mi misión es otra.

—Váyase Caryl. Tengo que pensar en todo esto...

No le pidió que no huyera, no se lo ordenó, porque en la organización terrestre no cabía la posibilidad de que ningún súbdito del planeta pudiera huir..., excepto a otro habitáculo, pero aquella posibilidad seguía siendo rechazada, aunque Caryl todavía no hubiese hablado con nadie de su extraño viaje.

Cuando se dirigía al automotor se encontró con sus compañeros. Uno era el secretario de producción y el otro uno de los jóvenes profesores en su fase de prácticas.

Ambos le abordaron.

—Queríamos preguntarte si te ocurre algo.

—¿Problemas familiares?

—Yo ya no tengo problemas —fue la escueta respuesta de Caryl.

Y no hizo mayor caso de sus compañeros. Se dirigió al automotor. Lo puso en marcha para volver a su casa.

Fue entonces cuando, repentinamente, pareció despertar de un largo letargo, como si hasta entonces hubiera permanecido durmiendo o inmerso en alguna influencia extraña. Reaccionó. Miró la ruta y sonrió.

Consultó su medidor de controles.

—Pronto estaré en casita —sonrió—. Seguro que mi mujercita me habrá preparado alguna de sus sorpresas... No sé qué haría sin Lona. Es la mujer más buena del mundo y la más bonita...

Y aceleró la marcha de su automotor.

En aquellos momentos Caryl tenía la apariencia de un hombre feliz y completamente normal.

CAPITULO VI

Cuando Lona se sintió levantada por los poderosos brazos de su marido y recibió sus mimos acostumbrados, sus besos y sus caricias... Cuando escuchó las frases amorosas del esposo, los requiebros a los que siempre había estado acostumbrada, pensó que también ella había sido víctima de una pesadilla y que las dos jornadas anteriores y las de la desaparición de Caryl habían sido fruto de un mal sueño.

—Amor mío... Mañana, después del trabajo, iremos al lago Sur, tengo ganas de nadar como los peces. Podemos traernos la comida y la casa de «lona». Un cambio de ambiente siempre prueba. Y a ti te gusta mucho nadar. ¿Eh?

—¡Caryl! ¡Querido! ¡Caryl! —exclamó ella arrobada—. Dime que no sueño. Dime que eres tú realmente.

—Pero..., ¿por qué no voy a ser yo? ¡Tanto te ha impresionado que te propusiera unas jornadas junto al lago!

—Es que yo...

El la cortó con un beso.

—Querida... Sé que te he tenido abandonada con mi trabajo últimamente. Sí, llegaba a casa, pero pensando siempre en los innumerables problemas... Siempre con el cerebro trabajando, y trabajando. Casi no he descansado ni siquiera por las noches... Y este último fin de semana... (1[3]).

—¿Qué? —inquirió ella volviendo a la realidad, consciente de que la anormalidad persistía.

—Pues nada, que te he tenido abandonada, pero esto ya se acabó. ¿Sabes? Todo marcha bien ahora V el trabajo volverá a ser normal.

Lona pensó que lo que no era normal era lo que estaba sucediendo. Porque aunque ella se alegrara de haber recuperado a su marido sabía que «algo no funcionaba bien».

Porque todo había sido real. La desaparición de su hombre, sus explicaciones posteriores con relación al planeta Damma, sus

propósitos... Aquello había existido, aunque Caryl pareciera haberlo olvidado, como si se tratara de un paréntesis en su vida, un paréntesis imposible de recordar.

—¿Te encuentras bien, querido? —susurró.

—Nunca me he encontrado mejor que hoy...

La zarandeó con dulzura, ella reía feliz, al ser cosquilleada por su hombre.

Se persiguieron por la casa como dos niños. El la alcanzó de nuevo y ambos, jugando, cayeron sobre la cama.

Se besaron.

—Tenernos que conseguir este hijo que ansias —murmuró él—. Debemos tenerlo. ¿Sabes? Por cierto..., tengo que hablar con el doctor... Aunque seamos jóvenes convendría escuchar sus consejos... Ambos estamos sanos... No hay razón para que no podamos ser padres...

—Te quiero, Caryl. Te quiero...

Así les sorprendió el padre de Lona.

Carraspeó tras entrar y verles entrelazados, mimándose y sonriendo felices.

—¡Padre! —exclamó ella.

Caryl se volvió.

—¡Suegro! ¿Qué le trae por aquí? ¿Pasa algo?

El profesor avanzó evidentemente desconcertado. Ella, que estaba algo más atrás, sacudió la cabeza en forma negativa para indicar que no hablara de nada.

—Ejem... Bueno, bueno. La verdad es que había salido de trabajar y...

—No tiene que excusarse por venir a ver a su hija, profesor —sonrió Caryl cortándole.

Aquella era la mejor prueba de que el joven se desenvolvía de forma absolutamente normal.

—Bueno. Celebro que estéis bien...

—Quédese a tomar su ración de vitaminas con nosotros... ¿Qué nos has preparado hoy para restaurar nuestros estómagos, querida?

—¡Oh! Tengo asado —sonrió ella.

—¡Si se queda voy a descorchar un aperitivo de frutas especial! —adujo Caryl—. Lo he elaborado yo mismo.

—Bien. Si de veras no estorbo. Voy a quedarme —repuso el profesor.

—Iré a por el .aperitivo. Lo tengo en la reserva.

La reserva era una especie de bodega, en un sótano, donde se guardaban las cosas de la casa que no hacía falta tener a mano. Era el depósito de provisiones, el almacén de semillas, en fin, el cuarto trastero del hogar.

Lona agradeció poder quedarse unos momentos a solas con su padre.

—¿Qué ha pasado? —inquirió el profesor.

—No lo sé. Cuando ha venido no parecía el mismo de estos dos últimos días, padre.

—¿A qué crees que es debido el cambio?

—Lo ignoro, pero lo celebro, padre. Ahora vuelve a ser él. El Caryl a quien yo quiero.

—¿Crees que no recuerda nada de estos días?

—No parece recordarlo. Para él todo sigue normal.

—Hay que averiguar la verdad, hija mía. Nosotros sabemos que lo ocurrido no es normal ciertamente.

—Me da miedo recordárselo, padre.

—Déjame a mí.

—¡No!

—Hija... No podemos cerrar un paréntesis con lo que ha pasado... No sabemos con exactitud de lo que se trata, pero tu marido ha sido víctima de algo que podría repetirse.

—No. No se repetirá. Olvidémoslo...

—Hay que ser realistas, hija. Yo comprendo tus temores... Sé que quisieras olvidarlo, pero no se pueden cerrar los ojos ante hechos de esta naturaleza.

Ella bajó la cabeza. Sí, lo comprendía. Había que hacer frente a la realidad y nunca se había vuelto atrás en esas cosas.

Su padre añadió:

—Todavía hay más.

—¿Qué pasa?

—He hablado por teléfono con el director Boronnat.

—¿El patrón de Caryl?

—Sí. Ya sabes que nos une una gran amistad.

—Y que Caryl entró a trabajar en la fábrica gracias a ti.

—No es sólo eso. Caryl vale. Superó las pruebas. A él le gustaba la química y se le ha dado bien... Boronnat me llamó por algo más grave...

—¿Qué es, padre? —De nuevo la angustia había vuelto al rostro de Lona.

—Hoy mismo, tu marido le ha confesado a Boronnat que había cambiado la fórmula de cierta sustancia combustible...

—¿La que experimentaron para el viaje a Damma? —preguntó la muchacha con un hilo de voz.

—Sí... Y hay más. Destruyó la fórmula del ordenador. Tardarán muchas jornadas, muchísimas, en volver a conseguirla y más ahora que no existen las fórmulas bases en el laboratorio tras el robo del último fin de semana...

Ella palideció.

En aquel instante la puerta del cuarto de la reserva se abrió dando paso a Caryl, que se quedó inmóvil con el recipiente del aperitivo de frutas que había ido a buscar.

Padre e hija guardaron silencio volviéndose hacia él.

—¿Qué es lo que estaba diciendo, profesor? —preguntó el joven.

CAPITULO VII

No le ocultaron nada.

Era el momento de enfrentarse cara a cara con la realidad y el profesor refrescó la memoria a Caryl.

El joven escuchó lo que le contaba su suegro, avalado por las palabras de Lona, y su expresión era la del más absoluto estupor.

—No puedo creerlo, sin embargo... trato de hacer memoria... , de recordar... ¡Y no lo consigo! ¡No logro saber qué hice esos últimos días... ni durante el tercio festivo.

Se produjo un breve silencio. Padre e hija intercambiaron sendas miradas.

—Caryl —cortó el profesor—. Puede que hayas sido sensibilizado contra tu voluntad... Contaste a mi hija que algo te atrajo hacia esa nave y sin que nadie te lo ordenara expresamente sabías que tenías que subir a ella y realizar el viaje.

—No insista, profesor. Me estoy devanando los sesos, pero no consigo recordar nada de todo lo que me dice... Una nave, tres jornadas ausente de mi casa, un viaje a Damma. ¡Damma! ¡Yo no he estado nunca en Damma! Y tras una pausa añadió:

—Y por último lo de las fórmulas del combustible. ¡Cómo voy a haber cambiado unas fórmulas en las que colaboré con el máximo esfuerzo para conseguirlas!

—Van a acusarte de ello, Caryl —dijo el profesor—. Lo que dijiste a Boronnat ha quedado grabado. Tú mismo te acusaste.

—No comprendo cómo pude hacerlo... Sin embargo... —Intentó recordar algo y sólo consiguió decir—: No... Cuando me vi en el coche, di por descontado que salía de la fábrica, pero la verdad es que... ¡No recordaba nada! Ni lo recuerdo ahora tampoco. ¡Esto es terrible! —Quizá deberías ver al médico —insinuó Lona.

—¿El médico? ¿Para qué?

El profesor reforzó la teoría de su hija.

—No es seguro que pueda probar que has sido, digamos, «forzado» a hacer algo contra tu propia voluntad, pero se puede intentar, Caryl.

—No quiero que me tomen por un demente —protestó él.

—En tu situación es necesario, Caryl. Pesa sobre ti una acusación. Debes defenderte como puedas...

—Pero si yo no he hecho nada...

—Tú me relataste el viaje, Caryl —adujo su esposa—. Me explicaste la forma de vida de ese planeta. No ponías ningún entusiasmo. Lo decías totalmente convencido, como algo axiomático, imposible de rebatir, como si estuvieras en posesión de la verdad.

—¿Grabaste lo que dije? —preguntó Caryl de pronto. —No, no lo hice...

¡Ojalá lo hubieses hecho...! Tal vez ahora me serviría como punto de referencia... ¡Porque es necesario que recuerde! ¿No lo comprendéis? Es necesario que sepa qué ha pasado durante este paréntesis de mi vida. ¡Y tengo que saberlo por mí mismo! ¡Por mí mismo!

Se levantó y paseó como si se sintiera preso, atrapado, por algo superior a él.

Y estaba realmente atrapado. Lo estaba.

* * *

El médico sacudió la cabeza de forma negativa, tras examinarlo con los distintos aparatos clínicos.

—Estás perfectamente, Caryl. Tienes una naturaleza envidiable... En cuanto a las pruebas de la mente, responden plenamente a tu estado. Coeficiente de inteligencia del noventa y cinco por ciento, con un cinco por ciento de pereza restante. Puedes llegar a tu completo ciento por ciento.

Caryl no respondió.

—No pareces alegrarte...

—Se lo he contado, doctor. Pasé cinco días que no recuerdo lo que

hice. Conté historias fantásticas...

—¿Qué clase de historias? —quiso saber el médico, pero Caryl sacudió la cabeza, replicando:

—Eso no tiene importancia...

—Dijiste al entrar que creías haber sido autosugestionado. ¿No?

—Sí, doctor.

—Aparte de que esto no deja huella, no lo creo en alguien como tú. Tu inteligencia puede sobreponerse a cualquier intento de autosugestión.

—Tal vez si la autosugestión proviniera de seres más inteligentes que nosotros... —apuntó Caryl.

—¡Oh, no! Si te refieres a extraterrestres... primero haría falta que llegaran aquí, y, que se sepa, no hemos tenido ningún visitante de otro mundo. ¿Eh?

—Esto es lo que no sabemos...

—Vamos, vamos, Caryl. Lo que a ti te ocurre es que has trabajado demasiado últimamente. Ya sé que en la fábrica es necesario hacerlo merced a esa ansia que les ha dado en viajar al cosmos. A Damma, ¿no?

—Sí —murmuró Caryl.

—Bien, estate tranquilo. Estás perfectamente.

—Doctor. Van a acusarme de un delito que no recuerdo haber cometido... Tiene que existir una justificación. ¡Si usted no me ayuda... no sé quién podrá hacerlo.

Si hizo el silencio.

La esposa de Caryl, Lona, presente también en la entrevista, intervino por primera vez:

—Creo que deberías contar toda la verdad al doctor, Caryl.

—¡Pero qué verdad! —exclamó él.

—Lo mismo que me dijiste a mí.

—¡Es absurdo! ¡Soy el primero en reconocerlo!

—Si quieres que te ayude, Caryl —terció el médico—, haz caso a tu esposa y no me ocultes nada. Por absurdo que te parezca, dilo todo. Anda.

—Yo le ayudaré, doctor —adujo Lona.

* * *

Aquel mismo día, festivo de regreso a su casa, Caryl tenía la citación que le esperaba. En ella se le ordenaba presentarse ante el gran Consejo del Mando.

Para los dirigentes, cuando se trataba de asuntos graves, no existían las jornadas festivas. Lo urgente debía resolverse en el acto.

Caryl tuvo que ir.

Lona no podía acompañarle, pero lo hizo el profesor. El padre de la muchacha, colaborador en los asuntos públicos en materias espaciales, tenía acceso y ascendencia en la gran sala de debates del Consejo Supremo del Mando del planeta Tierra.

El Consejo estaba reunido.

Como testigo de cargo se hallaba el director Boronnat y también los jefes de los laboratorios centrales a fin de efectuar preguntas con respecto al misterioso robo de planos de una de las salas principales del mencionado laboratorio.

La sesión era tan solemne como sumarísima.

CAPITULO VIII

—Caryl Lenni, eres culpable del delito del que tú mismo te has acusado. Has saboteado el procedimiento para la obtención del combustible que la Central del Mando de Ciencias Espaciales esperaba para su inminente viaje. ¿Qué alegas en tu defensa? Contesta por qué lo hiciste. Quién te lo ordenó. Nuestra actual sociedad, entiéndelo bien, no quiere caer en los errores de otras épocas del planeta, ni volver a los tiempos de las guerras entre hermanos. Como presidente de este tribunal puedo asegurarte que serás severamente castigado por tu acción, a menos que puedas justificarla si es que es posible justificar un delito contra tus propios hermanos del planeta. Tienes la palabra.

Caryl, al final de la gran mesa ocupada por una totalidad de cincuenta personalidades, permanecía en pie, sin poder contestar nada.

Intervino el profesor que ocupaba un puesto a su derecha, junto con el Gran Consejo.

—Señor presidente, yo le ruego que conceda a Caryl Lenni un plazo de tiempo para que pueda recordar por sí mismo. Entretanto no tenemos más pruebas que las que él mismo facilitó a su esposa, mi hija, y que ella me transmitió a mí.

—¿Existe alguna grabación oficial de tales conversaciones? —inquirió el presidente.

—Ninguna, señor. Eran de carácter privado. Mi hija no quiso humillar a su marido grabando lo que él le decía, se supone que en el máximo secreto. Yo no la recrimino por ello.

—Estoy de acuerdo en salvaguardar la intimidad familiar, pero éste es un caso que atañe a la seguridad del planeta.

—Sólo tengo mi palabra, señor presidente.

—Pido permiso para hablar —terció el acusado.

—Concedido —otorgó el presidente.

—Lo que diga el profesor, puede ser cierto en cuanto se refiera a repetir mis palabras, pero yo no podré aducir nada ni en pro ni en contra. Ignoro lo ocurrido en esas fechas. Me esfuerzo en recordar, pero mi mente está en blanco en lo referente a esos días. Lo siento. Los que me conocen saben de mi interés y de mi fe en los proyectos interplanetarios. Creo en los viajes en el espacio y como uno de tantos ciudadanos del planeta deseo que se lleguen a realizar con hechos. No comprendo cómo haya podido boicotear el producto combustible… No tengo ninguna respuesta, pero lo que diga el profesor deberé admitirlo como cierto.

—Que hable el profesor, será interesante saber de qué se trata —repuso uno de los miembros del Gran Consejo—. Se otorga la palabra al suegro del acusado.

El profesor comenzó a hablar explicando el relato que a su vez le había confiado su hija.

No tuvo la menor interrupción, pero pudo observar claramente el estupor que causaban sus palabras en los miembros del Consejo.

Evidentemente, la sola suposición que en el tríptico festivo, un hombre hubiese podido realizar un viaje de ida y vuelta al planeta Damma, a diez años-luz, era a todas luces considerado como una fantasía.

El profesor se extendió hablando del carácter, de los habitantes de Damma, siempre repitiendo las palabras que su hija había oído del propio Caryl.

Y el científico concluyó admitiendo.

—Para mí, esta historia es tan fantástica como les pueda parecer a ustedes. No obstante, superadas las primeras épocas de la investigación espacial, este proyectado viaje a Damma debemos admitir que es una incógnita para todos, y si admitimos que la atmósfera del planeta es parecida a la nuestra como se ha venido insistiendo, cabe, desde luego, la posibilidad de que existan seres vivientes…

Tras la última pausa añadió:

—¿Qué sabemos nosotros de esos hipotéticos seres y de su inteligencia y de su modo de vivir? Caryl lo ha definido porque

asegura haberlo visto… Por eso pido tiempo… para que pueda recordar y ampliar datos que lejos de hacerle aparecer como culpable ante los ojos de nuestro mundo, consiga ayudarnos. Piensen que si es cierto cuanto él dice, tendríamos motivos sobrados para reestructurar el viaje, tomar las medidas necesarias para la mayor seguridad de nuestros pilotos y, en fin, ver la conveniencia de tomar medidas preventivas a fin de no tenernos que enfrentar con seres que por lo descrito por Caryl cuando se hallaba bajo su influencia, deben parecemos monstruosos.

Tras un breve silencio tomó nuevamente la palabra el presidente del Consejo:

—Esta historia es demasiado fantástica.

—Precisamente no puede ser inventada, señor —se atrevió a responder el profesor.

—Bien, Caryl Lenni… ¿No te ves capaz de regresar mentalmente a esos días que insistes en no recordar? —preguntó el presidente a Caryl como si se tratara de un ultimátum.

—Señor. Yo he dicho la verdad en todo momento. Daría lo que fuese para poder recordar. Por eso, como dice el profesor, sólo puedo pedir tiempo.

—El Consejo deliberará —repuso el presidente.

El profesor y Caryl salieron de la sala, junto con los guardianes que hasta entonces habían permanecido allí.

Quedaron solos los cincuenta miembros para debatir aquel caso expuesto brevemente sin alharacas ni discursos inútiles. Se discutía únicamente lo que tenía importancia, sin entrar en porfías ni controversias inútiles.

Caryl paseaba nerviosamente.

—Quiero ir a ese sitio. A la zona donde tomé esa nave que no consigo recordar…

—Te concederán el permiso. Estoy seguro —repuso el profesor—. Lo bueno que tiene nuestro planeta es que cada uno cree en su semejante. Costó años conseguir la unidad general y esa unidad empieza por la libertad del individuo…, algo que por lo visto no existe en Damma.

—¡Ojalá pudiese volver… !

—Temo que no serviría de nada —repuso el profesor con gravedad.

—¿Por qué?

—Deben tener una influencia especial, Caryl. Te hicieron realizar el viaje, ¿verdad? Regresaste luego con unas ideas extrañas con las que llegaste a asustar a mi hija y de pronto lo has olvidado todo como si te hubiesen lavado la mente…

—Pero debe de existir algo para luchar contra esto…

—Ojalá se encontrara la solución buena para todos, ojalá —repuso el profesor con pesimismo.

Y mientras, en el Consejo se debatía la cuestión.

Un miembro del laboratorio espacial insistía:

—No se ha hablado del robo de los planos, y esto también puede atribuírsele a Caryl Lenni.

—No existen pruebas —repuso otro miembro del Consejo—. Este tribunal sólo puede juzgar conociendo todos los datos.

—¿A nadie se le ha ocurrido pensar que Caryl Lenni puede estar mintiendo? —repuso el jefe del laboratorio espacial—. La mentira es algo que, aunque desusado, no puede ser considerado como término inexistente. Faltar a la verdad fue norma de muchos hombres que nos precedieron en todas las épocas.

—Entonces —terció el presidente— habría que admitir la existencia de una secta anti-planeta, y esto es difícil imaginarlo con nuestro actual sistema de vida. Hemos alcanzado lo máximo en técnica y ciencia. Vivimos en paz y en perfecta libertad. No puede justificarse un intento de rebelión porque no existe dictadura alguna en el régimen que rige los destinos del planeta. No hay menesterosos. Cada cual trabaja en lo que más le gusta y lo hace a plena satisfacción. No hay ni un solo ser en nuestro sistema que carezca de nada. La manutención y el confort están asegurados. Hemos conseguido el equilibrio perfecto. ¿Quién puede atacar un sistema como el nuestro?

—¿Sabemos acaso si somos los únicos habitantes? —terció otro miembro del Consejo.

—¡Claro que lo sabemos! —expuso otro.

—¿Cuánto tiempo hace que no se ha efectuado una exploración a

conciencia… ? —preguntó una voz.

—La parte deshabitada del planeta carece de vida, nuestros detectores nos habrían informado —repuso un técnico en detección, perteneciente a la seguridad oficial.

—¿No pueden haber aterrizado miembros de otras sociedades? ¿No pueden, acaso, haber creado un plan para invadirnos? —terció el agente del laboratorio espacial.

—Esto es fácil de averiguar. Con una escuadra de aparatos ultrarrápidos, se efectuará la debida inspección —repuso el presidente.

—¿Y entretanto qué hacemos con Caryl Lenni? —preguntó el jefe del laboratorio.

—Le daremos tiempo. El mismo que utilicen nuestros hombres en descubrir si en el hemisferio deshabitado existen realmente seres que lo hayan poblado.

Esta fue la solución del presidente que en seguida se puso a votación entre los miembros del tribunal.

Todos aceptaron la fórmula.

Se convino en que la exploración tenía que hacerse lo más urgentemente posible.

CAPITULO IX

Lo que no habían descubierto los responsables del laboratorio espacial era el cambio sufrido en el programador.

Ellos seguían adelante con la nave prevista para explorar el planeta Damma, que debía ser tripulada por tres hombres.

La nave estaba prácticamente lista, lo único que faltaba eran las comprobaciones.

Mientras esto sucedía, la escuadra de aviones ultrarrápidos, o ultrasónicos efectuaba la batida ordenada en el hemisferio deshabitado.

Los aparatos, desprovistos de alas, pero con un poder de estabilidad en el aire reputado como el más avanzado de todas las épocas, aminoraron la marcha al rasear sobre las selvas vírgenes, sobre los campos incultos, sobre el abandono secular al otro lado del mar circundante que separaba los dos trozos firmes del planeta.

Por doquiera que los pilotos examinaban sólo encontraron soledad, soledad absoluta, abandono.

No. Allí no había nadie, absolutamente nada. Los detectores tampoco emitieron señal alguna.

Los pilotos, al mando de un comandante en jefe de la misión, regresaron.

Tampoco al cruzar el ancho mar los aparatos denotaron la presencia de ser viviente alguno.

Sin embargo, uno de los aparatos, en un vuelo rasante sobre las siempre tranquilas aguas, creyó advertir algo.

Observen hacia la línea del fondo. Dirección horizonte. Creo que se ha movido una embarcación.

No existían las embarcaciones, excepto las de recreo y pesca para el litoral. Creer ver una embarcación en el límite del horizonte era casi como una visión fantástica. No obstante, el resto de los pilotos observó

hacia el punto indicado por el que había dado la noticia.

El comandante observó su oscilógrafo detector y dio una orden:

—No pierdan el tiempo. Los aparatos no detectan nada. El piloto debe haberse confundido.

—¡No me he confundido, señor! —exclamó el aludido—. Acabo de verlo otra vez. Es como... una nave sumergida. Ha asomado una torreta metálica... Está a una distancia de...

Comprobó su mapa de coordenadas y realizó una operación mental para concluir:

—A cuarenta kilómetros, mucho más cerca del horizonte.

—¿Y cómo explicas que los detectores de radar no hayan captado su presencia? —inquirió el comandante en jefe de la misión.

—No lo sé, señor. Pero el «objeto» existe.

—Daremos una pasada —concedió el comandante.

La escuadra se dirigió en línea hacia el punto indicado por el piloto que había dado la voz de alerta sobre el objeto «en forma de submarino».

Al cabo de unos instantes cada piloto pudo observar que no existía ningún objeto.

Sin embargo, al piloto que lo había visto nadie podía quitarle de la cabeza de que allí había algo.

Posteriormente al regresar a la base murmuró:

—Hubo un tiempo que se habló de cierto mundo submarino, más allá del lecho del mar...

—Tú lees cosas demasiado antiguas. Cuando la gente creía en enigmas y paparruchas. En el planeta sólo existimos nosotros. Los terrestres...

El piloto se encogió de hombros y no volvió a comentar. Le habrían considerado un fantasioso y prefirió no tener que discutir.

Después el comandante jefe de la expedición informó al presidente:

—Señor. Ha sido batida toda la zona. Tal como se suponía, se halla

completamente despoblada.

—¿Han observado alguna anomalía? ¿Cualquier cosa que haya podido llamarles la atención, por mínima que sea?

El comandante negó:

—No, señor. No ha surgido la más pequeña duda. Todo ha sido normal. —Y lo dijo convencido de que era la verdad, porque no podía tenerse en cuenta la «visión» de un piloto.

* * *

Entretanto, Caryl, esta vez junto con su esposa y el profesor, acudieron a la zona 246.

Lona indicó a su esposo el lugar donde lo habían encontrado. Caryl examinó la zona, miró en derredor la enorme extensión de llano despoblado.

—No. No consigo recordar nada.

—Sin embargo, dijiste que una fuerza te atrajo por esa ruta. Y tu coche fue encontrado aquí —insistió ella. Yo misma lo vi.

—Entonces… Se supone que es aquí donde yo embarqué en esa misteriosa nave murmuró él pensativamente.

—Sí. Aquí debió ser.

—Tendría que recordar algo…

—Caryl —murmuró el profesor interviniendo—. Conozco a un especialista de los que antes llamaban doctores en ciencias ocultas… Es autor de un viejo libro. Tú debes haberlo leído.

—¿Quién es?

—Se trata del doctor Dob.

—¡Oh, sí! Es el hombre que sostenía la tesis de que todos los mundos que nos rodean se hallan en el nuestro propio.

—Exactamente.

—Creí que había muerto.

—Es muy viejo ya, pero sigue estudiando. Ahora hace tiempo que no lo veo, pero fuimos bastante amigos y me recuerda.

—¿Y en qué puede ayudarme?

—A recordar. La gente se burlaba de él. Nuestro planeta ha sido siempre descreído. En todas las épocas ha habido gente que se burlaba de lo que no comprendía. Ahora esto está superado, vivimos bien. Pero el doctor Dob dice que esto es simple conformismo y que siempre hay que buscar más allá. Encontrar los otros sentidos de que el hombre no dispone o no ha sabido hallar por sí mismo.

—¿Más sentidos? —inquirió Lona.

—Llámales, si quieres, medios de comunicación entre los humanos o los extrahumanos. Dob ha estudiado con mucho cariño este fenómeno... Quizá él podría ayudarte —dijo el profesor.

—Me someteré a quien sea con tal de que me sea posible recordar —prometió el joven.

Sin embargo, de regreso a la casa, tenía nuevamente la citación para presentarse a la jomada siguiente.

—Van muy de prisa —murmuró el profesor.

—Es el sistema. Temo que no podré demostrar nada.

—Pediré una nueva demora. Tenemos que conseguir que Dob te ayude —repuso el profesor con fe.

* * *

La demora no fue conseguida y a falta de argumentos que pudieran probar la verdad de sus aseveraciones Caryl, por decisión de la mayoría, fue retenido.

—No podrás volver a tu casa, entretanto no se encuentren pruebas concluyentes de tu culpabilidad, ni de tu inocencia. Somos justos. Permanecerás en la Central de mando en calidad de retenido.

—¿Le permitirán al menos que pueda recibir visitas? —intervino el profesor.

—No. Permanecerá incomunicado. Debemos velar por nuestra seguridad —sentenció el presidente.

—Pero alguien debe velar también por su defensa. Este hombre es inocente. El ni niega, ni admite. Ha sido controlado por una fuerza superior, señores. Cada vez estoy más convencido de ello —insistió el suegro de Caryl.

—¿Hablaría así el profesor si no se tratara de un miembro de su familia? —terció otro miembro del Consejo.

—Yo siempre he tratado de ser justo y ecuánime —repuso el aludido.

—Bien. Este es un caso excepcional que debe ser sometido a la gran mayoría. Mientras tanto será necesario ultimar los detalles del proyecto Damma y no se nos negará el derecho de rodearlo de las máximas precauciones.

Sin embargo, antes de concluir la sesión, el presidente recibió un comunicado urgente.

Puesto al habla por el teléfono audiovisual, recibió la noticia:

—Señor presidente. Este es un comunicado para el jefe de nuestro departamento.

—Hable. El está aquí. Puede oírle.

—No es posible la verificación de la nave destinada a Damma. Han sido cambiados los datos del ordenador. No lo habíamos advertido hasta este momento. El proyecto, sin una vuelta al principio, estaría condenado al fracaso con gran peligro para nuestros pilotos.

El jefe del laboratorio espacial pegó un brinco y se aproximó al teléfono.

Habló por el automático.

—Hace escasos momentos, señor. Ignorábamos que el ordenador hubiese sido variado. Nada responde a los planes iniciales.

—¿Supone que ha sido saboteado?

—No lo sé, señor, pero es evidente de que tal como está programado ahora, el vuelo escaparía de nuestro control.

—¡Un momento! —intervino el presidente—. ¿Quiere decir que tal como está el ingenio en este momento podría llegar a Damma?

—Tal vez, señor, pero los pilotos tendrían que valerse de sus propios medios. Escaparían por completo al control de «Tierra».

—Bien. Gracias por la información —y el presidente cortó.

—Entonces todo queda claro. Se ha pretendido sabotear a conciencia nuestro proyecto. ¡Y sólo Caryl Lenni puede decirnos por

qué! —acusó el jefe del laboratorio espacial.

Caryl replicó:

—Si nuestras naves pueden llegar a Damma, pido se me dé plaza. Creo que sólo allí podré descubrir el misterio que rodea a todo esto.

—¡Se está burlando de nosotros! ¡Trata de escapar a la acción de la justicia! —espetó el jefe del laboratorio espacial.

—No trato de escapar de nada. Intento ayudarles y… ayudarme a mí mismo. Si inconscientemente he cometido un acto delictivo, quiero repararlo… Y éste es el único medio de hacerlo.

—No consentiré que vuele con mis pilotos —decretó el jefe.

—No perdamos la calma. Estamos demasiado acostumbrados al orden y todo esto nos ha pillado desprevenidos. Se estudiará. Entretanto, y puesto que no hay nada más que decir, recomiendo suspendamos la sesión. Eso sí, Caryl Lenni quedará retenido e incomunicado.

Todos los miembros acataron la decisión del presidente.

El profesor se despidió de su yerno.

—No pierdas la esperanza. A pesar de todo hablaré con Dob. Le expondré el caso. Seguro que él encontrará solución. Ten fe, Caryl.

—Sé que mi conciencia está tranquila, profesor. Dígale a su hija que no sufra por mí. Esta es una prueba que el Gran Señor en el que todos creemos nos envía, la soportaremos. La verdad tiene que triunfar. Y si he hecho algo malo…

—Ni lo pienses…

—Sí, lo pienso, profesor. Pero pienso también que no se puede acusar a quien ha obrado contra su voluntad.

—No, hijo. Hablaré con Dob. Ahora mismo.

CAPITULO X

Dob era un hombre de rostro arrugado, pelo absolutamente cano y todo su cuerpo encorvado denotaba la edad que rayaba en los *tres tercios* (1[4]).

La faz del viejo doctor, sin embargo, denotaba una gran serenidad. Su voz respondía únicamente tras medir cada una de las palabras que pronunciaba. Era la clase de hombre que jamás hablaba sin estar plenamente convencido de lo que decía.

Escuchó el relato del profesor y pronunció:

—Interesante caso y perfectamente posible. Los que dudan de una vida extraterrestre es porque se conforman con su inmovilismo, con su propia ignorancia. Cierto es que hemos avanzado, pero nuestros progresos nos han hecho creer que éramos los reyes del cosmos. Los más grandes. ¿Qué sabemos de los demás? Iré a ver a ese joven. Intentaré hacerle recordar lo que ignora. ¡Oh! Debe ser extraordinario encontrarse con seres que poseen lo que nosotros consideramos como poderes ocultos y que, sin embargo, ¡estoy seguro!, no hacen más que utilizar todas las posibilidades de su sistema.

—No podrás ver a mi yerno, Dob. Está incomunicado.

—¡Oh! Para mí esto no es ningún problema.

—¿Tú crees? No quisiera que..., que a tu edad tuvieras algún tropiezo oficial.

—¡Oh, no! Para mí nunca han regido las leyes conocidas. Yo obro de acuerdo con mis creencias y mis experiencias. Hablaré con tu yerno.

—Pero..., ¿cómo? Tendrás que desplazarte...

—No necesito hacerlo. Únicamente sería interesante conocer un dato sobre su inteligencia. ¿Conoces el coeficiente que posee?

—Sí, casualmente. Me lo dijo mi hija, cuando fue al médico con él. Tiene un noventa y cinco por ciento y podría llegar a la plenitud por propia voluntad.

—¡Fantástico! Se nota que es un joven de la nueva era. No será un problema. Te lo aseguro.

Dob no fue más explícito y dejó un tanto intrigado al profesor al despedirse de él.

En las pantallas de televisión se había difundido la noticia oficial de que el Gran Consejo tenía retenido al posible culpable del retraso del proyecto Damma. Se dio el nombre, porque era condición *sine qua non* de la forma de vida de Tierra mantener informados a todos los «hermanos» del planeta.

El nombre de Caryl Lenni era nombrado en todos los hogares.

También el piloto que había creído ver aquella nave en el horizonte marítimo pudo ver en casa de sus padres el nombre de Caryl Lenni con una fotografía del retenido e incomunicado.

El locutor automático anunciaba:

—No hay pruebas contra él y, por lo tanto, sigue siendo un ciudadano digno de respeto. No obstante, el Gran Consejo seguirá investigando… acerca de ese hombre que afirma haber llegado a Damma y regresado en el tercio de descanso.

El piloto lanzó una exclamación.

—Yo conozco a ese hombre —exclamó.

Sus padres se volvieron hacia él.

—Estudiamos juntos en nuestra niñez… ¡Es Caryl! Era el más inteligente de todos y un buen amigo. No puedo creer lo que dicen de él. Ni me parece justo que hayan podido sospechar de un hombre como él. Me gustaría verle. Sí. Mañana pediré permiso para verle…

Los padres del piloto no opusieron la menor réplica a los deseos del hijo.

En realidad, el hecho de que un terrícola pudiera traicionar a los suyos era materia desconocida en el año 300 de la era en que se sucedían los hechos…

* * *

Aquella noche, durante los «controles» destinados al descanso, Caryl, tendido en una tumbona que le había sido asignada en una de las habitaciones destinadas a la guardia de la Central permanecía

despierto, haciendo trabajar su cerebro hasta el máximo para intentar recordar algo que pudiera darle una pista.

De pronto sintió unas profundas ganas de dormir. Sus párpados le pesaban una enormidad y sus ojos se negaban a seguir abiertos.

Cerró los ojos y repentinamente se encontró sumergido en un extraño sueño.

Sin embargo, el sueño en cuestión era sólo una sensación, ya que por otra parte estaba seguro de mantener intactos sus cinco sentidos.

Entre brumas vio acercarse una imagen que cada vez iba cobrando mayor nitidez.

«¿Quién es?, se preguntó a sí mismo.

La imagen, cuando fue totalmente clara, resultó corresponder a una persona totalmente desconocida para él.

Era una faz arrugada, pero noble, perteneciente a un hombre ligeramente encorvado de pelo cano y cuya edad podía cifrarse en los tres tercios.

Era el doctor Dob.

Y el doctor Dob fue aproximándose más y más, hasta que su rostro en la mente y en la visión de Caryl se situó en un primer plano.

—Hola, muchacho. Sé que eres inteligente y vas a comprenderme en seguida. Quiero ayudarte. Me han contado tu historia. Es muy verosímil para mí. Muy verosímil.

Caryl asintió en silencio y el doctor prosiguió:

—Quiero tratar de ayudarte... Creo perfectamente en el poder de captación de seres que saben utilizar todas sus condiciones y que además posean el poder de que cuando alguien se «aleje» de su influencia, despierte de un letargo y olvide por completo. Intentaré hacerte recordar, pero tú tienes que ayudarme, Caryl Lenni. Tienes que ayudarme a mí, para recordar... Piensa que todo lo que te ocurrió está en algún lugar de tu subconsciente, palabra que los actuales terrícolas tenemos olvidada... Pero existe. Es nuestro depósito de recuerdos que queda almacenado en algún lugar de nuestro cerebro, incrustado entre las arterias... Es necesario derribar esa pared para que los recuerdos fluyan... Vamos, haz un esfuerzo. Ven conmigo hacia el lugar donde la nave de Damma despegó para llevarte al planeta, a su planeta... Recuerda... Me dijeron que era en la ruta 346 y que dejaste

tu automotor en un despoblado. Sé dónde está ese lugar. Lo sé… ¿Lo ves tú?

Y Caryl Lenni tuvo que admitir que «realmente» veía aquel lugar de la zona. Y hasta se veía a sí mismo deambular por allí, pero todo resultaba muy confuso.

* * *

El proyecto Damma no sólo seguía vigente, sino que los mandos habían ordenado acelerar su ejecución.

Era necesario empezar nuevamente por el principio, pero se tenía confianza en que el buen ritmo de trabajo aminorara el retraso forzoso a causa de los acontecimientos.

Profesores y técnicos se afanaban en la nueva confección de planos y fórmulas.La fábrica de productos químicos, donde Caryl había trabajado también, aceleraba la marcha para volver a redescubrir la fórmula precisa de aquel combustible que debía dar las proporciones exactas.

Se partía de cero, pero existía un precedente, una experiencia, y era lo que se explotaba.

Naturalmente, se habían extremado las normas de seguridad. La vigilancia se hallaba reforzada y después de la jornada de trabajo quedaba un retén de guardia superior al normal.

Y al llegar la noche, Caryl volvía a soñar despierto, viendo aquel rostro rugoso, pero grato, que trataba de ayudarle.

Era ya la tercera vez que se le aparecía en la oscuridad de su dormitorio provisional.

Era la tercera vez que escuchaba su voz, melosa, segura y persuasiva:

—Recuerda…, recuerda, Caryl… ¿Cómo era la nave? ¿Cómo era…?

—Sí, sí… —se esforzaba el joven.

—¿Ves esa nave? El tiempo no cuenta. Se puede revivir en cualquier momento. Vuelve a la nave… ¿Dónde estaba Caryl? ¿Recuerdas cómo subiste?

La visión del viejo Dob pareció difuminarse para que en la mente de Caryl quedara grabada la zona donde había «subido a la nave».

La veía entre brumas. Era un artefacto en forma triangular, achatado, se sostenía a cierta altura del suelo. Era fácil el acceso. No se apoyaba en nada. Una fuerza lo mantenía completamente inmóvil a cuarenta centímetros más o menos, casi rozando la alfombra de césped.

Y Caryl, en su esfuerzo, se veía a sí mismo subir a la nave.

Recordaba su interior, amorfo, de paredes lisas, incoloro, sin mando alguno, sólo un pupitre que no llegó a tocar y donde no aparecía ningún botón, nada…

Luego revivió de nuevo el momento en que la nave se elevó y sintió la sensación de la ingravidez.

La voz del doctor Dob le ayudaba a avivar los recuerdos.

—Vamos, vamos, Caryl… El viaje fue corto, inmensamente corto, como si la nave fuera proyectada al espacio por una voluntad poderosa… Llegaste ya. Llegaste ya a Damma. ¿Qué es lo que hay? ¿Qué ves? ¿Dónde estás, Caryl? ¿Con quién hablas? ¿Qué te ordenan que hagas…?

La tensión de Caryl había llegado al máximo. Dob debió comprenderlo y desapareció de la visión del joven.

Caryl volvió a recobrarse. Iba recordando poco a poco, pero todo lo que podía «ver» interiormente cesaba cuando él estaba en la nave. ¿Qué había más allá? ¿Cuáles habían sido las órdenes recibidas en aquel misterioso planeta que un día supo describir tan bien?

—Sé que lo recordaré. Tengo que recordarlo —se repitió a sí mismo.

Ignoraba lo que iba a recordar y cuál iba a ser la trascendencia, pero un sexto sentido le hacía intuir que lo que pasó durante esa misteriosa estancia en el planeta Damma era importante. Muy importante y que quizá de sus recuerdos dependiera el futuro de Tierra.

CAPITULO XI

Al piloto le fue denegado el permiso para visitar al incomunicado Caryl.

—Se trata de un amigo. Hace mucho tiempo que no sabía nada de él. No puedo creer que sea culpable de lo que se le acusa —manifestó cuando le preguntaron el motivo que alegaba para ver a Caryl y por qué deseaba verle.

El encargado guardián de la nave tenía orden de tomar nota de todas las personas que desearan ver al detenido. El piloto había sido el único, en las dos jornadas que llevaba en aquella nave de la Central de mando.

—Aguarda un momento —repuso el vigilante y comunicó la nota a través del teléfono audiovisual, de forma puramente rutinaria.

El que recibió el aviso ordenó:

—Aguarda, pasaré la comunicación.

De unos a otros, el aviso llegó al presidente. En aquellos momentos el jefe de los laboratorios espaciales se hallaba en su despacho privado hablando de los proyectos.

—Vamos a buen ritmo y no creo que haya que demorar por mucho tiempo el viaje a Damma. Ahora más que nunca deseo resultados —decía el jefe en aquellos instantes.

El presidente recibió la comunicación por el audiovisual.

El jefe del laboratorio exclamó:

—¡Un visitante para Caryl Lenni! Esto podría ser muy interesante.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no?

—Se trata de un compañero de estudios.

—Puede ser un *contacto.*

—Yo no acabo de ver claro en este asunto. Esperamos algo pero no

sabemos qué… Cierto que Caryl Lenni puede haberse inventado una historia fantástica, pero en ningún momento ha protestado. Acepta su suerte, insiste en lo mismo, en no recordar.

—Deja pasar al piloto.

—¿Para qué?

—Los detectores nos pondrán al corriente de lo que habla.

—No me gustan esos sistemas.

—Son los normales. Todo el mundo los acepta. Hazme caso. Esta conversación puede dar mucho de sí. Si son cómplices puede que nos enteremos de cosas importantes.

—Está bien. Daré orden para que el piloto pueda entrar.

La orden fue transmitida al vigilante y el piloto, muy satisfecho, comentó:

—¿Se da cuenta cómo es posible entrar? No pueden

acusar a un hombre como mi amigo Caryl. Le conozco bien. Mucho tendría que haber cambiado.

El vigilante no hizo el menor comentario y momentos después, el piloto se hallaba en una amplia sala donde Caryl permanecía en la soledad.

Se alegró al reconocer al viejo amigo:

—¡Karr! Tanto tiempo sin vernos y ha tenido que ser precisamente dentro de la frialdad de estas paredes… ¿Cómo has llegado hasta aquí? No comprendo cómo te han dejado pasar.

—¿Es en serio que no recibes visitas?

—No. Temen que pueda poner en peligro al planeta. Es una historia que a mí mismo me parece fantástica, pero en realidad ha sucedido…

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Karr, no lo comprenderías. No importa, pero celebro tener a alguien con quien hablar.

La conversación no sólo quedaba automáticamente registrada, sino que era seguida a través de una pantalla.

Un monitor automático seguía a los dos hombres que tanto el presidente como el jefe del laboratorio espacial tenían rectamente delante, viéndoles y escuchándoles.

Y los dos hombres continuaron hablando a su libre albedrío.

—Estuvimos de expedición en el hemisferio deshabitado. Buscaban a alguien... Ahora estoy seguro de que esto se relacionaba contigo.

—Es posible. Pero en el hemisferio deshabitado no es donde tienen que buscar...

—¿En las profundidades del mar, acaso?

—¿Por qué dices esto?

—No sé. Antes había una leyenda de los hombres de las profundidades... A mí me pareció ver una especie de submarino cuando regresábamos, pero los demás no lo vieron y ninguno de los controles lo detectó.

—¿Un submarino? —preguntó Caryl.

—Algo por el estilo...

—Bueno, no creo que tenga nada que ver con lo mío.

—Pero sospechan que tú robaste planos y cambiaste fórmulas. ¿No es verdad? —murmuró el piloto.

—Sí. Sé que también creen esto, pero tampoco puedo evitarlo, Karr. Ignoro lo que ocurrió essas jornadas en que desaparecí, incluso no sé lo que hice cuando regresé...

—Tú no pudiste robar esos planos. Recuerdo que cuando estudiábamos, eras un entusiasta de la aeronáutica. No comprendo cómo no llegaste a hacerte piloto.

—Bueno, también me gustaba la química, y sin química no existirían los vuelos —sonrió Caryl.

Tras un silencio el piloto inquirió:

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, Karr. Muchas gracias por tu interés. Quizá dentro de poco tiempo consiga recordarlo todo —y Caryl no dijo más.

La conversación había sido la propia de dos amigos. Sin embargo,

sirvió para que el presidente, que no había perdido detalle, exclamara:

—¿Por qué no se me informó de este submarino? Hace mucho tiempo que ese medio ya no es empleado en el planeta. ¿Qué significa?

—No lo sé, pero tienes el informe del comandante de la expedición.

—Sí, lo tengo. Allí no se habla de ese submarino. El piloto ha dicho que no lo detectaron los radares.

—Entonces, es que no existen.

—Escucha, esos dos hombres no han hablado como si fueran cómplices de algo turbio. Eran dos amigos, dos buenos amigos que han cambiado unas palabras de forma espontánea... Quiero hablar con el piloto y con el comandante.

—Pero si los radares no detectaron nada... —protestó nuevamente el jefe del laboratorio espacial.

—Yo siempre he creído más en la capacidad humana, amigo mío. Esta ha sido siempre la base primordial en nuestro planeta. Primero el hombre y después la máquina. Ambos pueden sufrir errores, pero si se tiene fe en la máquina, ¿por qué no tenerla en el hombre, que al fin y al cabo es quien ha inventado la máquina?

* * *

La reunión de emergencia tuvo lugar bien poco después.

El comandante de la expedición, el piloto Karr y varios de los miembros del Consejo se reunieron en la sala de deliberaciones, sentándose a lo largo de la extensa mesa.

El comandante admitió:

—En efecto, señor presidente, el piloto Karr mencionó al submarino y dimos una pasada, pero nadie vio nada, y los radares tampoco detectaron la presencia de ningún cuerpo próximo o lejano.

—Cuando le pedí las incidencias que hubiese podido apreciar, no me habló de ello, comandante.

—No creí que tuviese importancia, señor. Es más, sigo pensando que fue un error de apreciación del piloto, sin que con ello quiera menospreciar sus cualidades profesionales. Todos hemos creído ver

cosas en algún momento, pero la vista suele fallarnos…

—¿Los aparatos son más perfectos, comandante, según su opinión?

—Son perfectos, sí, señor, aunque puedan tener fallos, pero no en este sentido. Cualquier cuerpo habría sido detectado. Esto es elemental, creo yo.

—Sí, comandante, lo es. Lo es…

Hubo algún murmullo y de entre los miembros del Consejo alguien se inclinó a favor del comandante.

—Buscar misterios en las profundidades marinas es un tanto aventurado. En ese aspecto tenemos un poco descuidada la investigación, pero no se puede admitir la existencia de otros mundos en el lecho de los mares como en alguna época se había llegado a insinuar.

—Sin embargo, señores —hizo notar el presidente—, tengan en cuenta que la persona o personas que sabotearon los planos y variaron las fórmulas de la sede central del laboratorio de investigaciones espaciales, no dejó huella alguna, que su paso no fue detectado por ninguno de los controles dispuestos al efecto y que no quedó más constancia de su presencia en dicho laboratorio que la falta de los planos que robó… Tampoco aquí, insisto, los radares o detectores funcionaron, y sin embargo «alguien» estuvo allí…

Las palabras del presidente redujeron al silencio los comentarios.

Si se admitía que un hombre, sea cual fuera su procedencia, podía entrar en un edificio perfectamente controlado sin que ningún detector delatara su presencia, también había que admitir la hipotética existencia de un submarino que los radares no detectaran.

—Señores. Se impone una investigación exhaustiva del lecho del mar. Un equipo completo de técnicos provistos de detectores ultrasónicos empezarán ahora mismo su trabajo… A menos que alguien opine que es innecesario.

—Es retrasar el proyecto —dijo el jefe del laboratorio espacial.

—Vale la pena por la seguridad de los pilotos —murmuró otro.

—Bien, señores, hemos llegado a la democracia completa, porque jamás dejamos tras de nuestras decisiones, minorías descontentas. La auténtica democracia no es hacer caso a la mayoría. La mayoría puede estar equivocada. Es necesaria la discusión para llegar a la

unanimidad. Una sola persona en desacuerdo es suficiente para poner a debate el caso. Convocaremos reunión general.

—No —repuso el jefe del laboratorio espacial—. Por mí no pierda el tiempo. En realidad, tiene razón. Lo que interesa es dotar al proyecto de las máximas seguridades.

* * *

Y comenzó la operación de exploración del fondo del mar.

Batiscafos especiales, impulsados por energía radiactiva, llevaron a un grupo de técnicos a las profundidades marinas.

Los batiscafos, construidos a modo de salas de trabajo submarinas, con aire acondicionado para un tiempo ilimitado, iban provistos de detectores ultrasónicos, un sistema perfeccionado del antiguo «sonar» que permitía la captura de ondas igualmente ultralejanas.

Bajo las profundidades y provistos de potentes focos, los batiscafos barrían las sombras, examinaban las partes más recónditas de las rocas sumergidas, penetraban en la galería que las mismas rocas formaban y ahuyentaban a bancos de peces.

La única vida lógica allí era la de aquellos animales de sangre fría. Los sonares ultrasónicos seguían mudos.

Siguieron mudos hasta que…

—¡Mira! —exclamó uno de los expedicionarios.

La aguja del detector comenzó a moverse.

¡Había algo!

¡Algo corpóreo, pero lejano, muy lejano!

—No puede ser —exclamó uno de los jefes de la expedición—. Estamos completamente en el fondo y la señal viene de mucho más abajo. No puede ser. Algo debe funcionar mal.

Pero la aguja seguía moviéndose, moviéndose cada vez con mayor aceleración.

—¡Lo que «sea» se nos echa encima! —gritó el encargado del detector.

El sonido propio y característico aumentó de volumen.

—Hay que salir de aquí. Esto anuncia peligro. Debe ser algo enorme.

—Compruébalo, compruébalo… —espetó el jefe contemplando la frenética oscilación de la aguja.

Pero toda operación resultaba obvia, porque a través de la pared encristalada del batiscafo, todos pudieron ver «aquello».

—¡Mirad!

—¿Qué es esto?

—¡Horrible!

—¡Transmite! ¡Transmite! —ordenó el jefe…

Todo se tambaleó de repente.

Los otros batiscafos intentaron comunicarse.

—¡Se acerca, se acerca… ! —gritó alguien, refiriéndose a la «cosa» que había surgido de improviso.

Un encargado de las transmisiones estableció contacto con el control terrestre. Pero ya era tarde para emitir. El tambaleo continuaba como si una fuerza superior a todo lo conocido hubiese provocado una fuerte marea interna.

—Pero, ¿qué es esto?

—¡Se nos echa encima!

—¡Un monstruo… ! ¡Un mons… ! ¡Ahhh… !

La exclamación fue colectiva.

* * *

—¡Señor! ¡Señor! —exclamó a través del audiovisual el encargado de la recepción terrestre.

El presidente, desde su puesto de trabajo, asintió con la cabeza.

—Lo he oído…

—No contestan, señor… Hablaban de un monstruo que se les echaba encima.

—Sí, lo sé. Trata de restablecer el contacto.

—Lo estoy intentando, señor, pero ninguno de los siete batiscafos contesta…

* * *

Aquella noche, el programa de emergencia de la televisión retransmitió la noticia para todo el orbe terrestre.

—Siete batiscafos en misión exploradora han desaparecido. Veintiocho de los mejores exploradores y técnicos han desaparecido también bajo las aguas… La creencia de que un peligro desconocido nos amenaza y acosa se va acentuando jornada a jornada… ¿En qué terminará todo esto?

La voz del locutor no se mostraba demasiado pesimista.

CAPITULO XII

Aquella noche, como las anteriores, Caryl «recibió» la visionaria visita que le hacía revivir su estancia en Damma, o que al menos pretendía hacerlo.

Y Caryl lo estaba deseando.

El rostro del doctor Dob se agrandó hasta convertirse en el monumental primer plano en la imaginación de Caryl.

Y una vez más aquella influencia excepcional del doctor «llevó» al joven a revivir su aventura.

Estaba realmente en el planeta Damma.

No recordaba cómo atravesó aquella inmensa ciudad abovedada por el escudo transparente. Podía respirar perfectamente, con una atmósfera similar a la del planeta Tierra.

Recorrió aquellos edificios que se le antojaron extraños, de formas redondeadas, sumamente estrechas, como viejas chimeneas de color blanco como la sal.

Ninguna ventana, ningún balcón, nada donde poder asomarse, como en una necrópolis.

Altas torretas igualmente redondas.

Una voz parecía decirle:

«A mayor altura, mayor prestigio».

Y vio una torre alta, mucho más que las otras. Aquél era su destino.

Cruzó una nave vacía, inmensa, que por fuera daba la sensación de una mayor estrechez, pero por dentro parecía multiplicarse por mil su volumen.

No vio a nadie, no iba con nadie, pero Caryl parecía conocer bien el camino que tenía que seguir.

La voz del doctor Dob le sopló al oído.

«Tú estabas guiado por alguien cuya voluntad se imponía a la tuya y te hacía marchar hacia un rumbo fijo».

—Sí, sí —admitió Caryl—. Era esto...

Y tras aquel largo caminar por la nave desierta, llegó a un elevador que le subió sin necesidad de que pulsara ningún botón ni de que indicara el camino.

Luego, cuando el elevador le dejó en otra planta, se encontró ante un solo hombre. Su aspecto era parecido al de cualquier «terreno».

Y aquel hombre empezó a hablarle..., hablaba, hablaba, pero Caryl no llegaba a comprender su lenguaje.

—No lo entiendo, no le oigo...

Y la voz del doctor Dob parecía indicarle:

«Haz un esfuerzo, Caryl, un último esfuerzo. No es necesario que "entiendas a tu interlocutor". Debes comprenderlo... Compréndelo. Limítate a comprenderlo. No es la lengua que habla lo que te facilitará su comprensión. Es tu voluntad, Caryl, tú entonces entendiste... »

—Es terrible, sé que estoy al borde de la verdad. Sé que he llegado, pero no acabo de...

Otra vez la tensión le venció. Su psique estaba sometida a un tremendo y agotador esfuerzo. El doctor Dob abandonó su mente, su rostro desapareció entre las brumas del recuerdo y desaparecieron también las escenas del planeta Damma...

* * *

Apenas comenzados los primeros «controles» dedicados al trabajo, el presidente del Consejo ordenó la marcha de una segunda expedición a las profundidades marinas.

—Tomen toda clase de precauciones —advirtió—. Una fuerza desconocida atacó a los anteriores. Provéanles de armas y permanezcan a la escucha constantemente. Para salvaguardar la integridad de los enviados se dispondrá de un segundo grupo de socorro que se situará en la superficie y a la menor señal de alarma correrá en defensa de los que se hallen en el fondo.

La doble expedición se puso en marcha y el primer grupo de siete

batiscafos hizo la inmersión en el mismo punto que indicaban las coordenadas de sus antecesores.

El retén quedó flotando en las proximidades.

Comenzó de nuevo la búsqueda mientras el retén permanecía atento a la menor incidencia.

También desde los puestos de seguridad de la Gran Central los encargados de velar por el orden permanecían a la escucha.

Las incidencias iban llegando con periodicidad.

De pronto surgió la alarma:

—¡Allí!

—¡El monstruo!

Y del puesto de seguridad partió la orden:

—¡Atención, retén! ¡Ayuden a sus compañeros!

—¡Lo hemos oído! —exclamó el comandante del retén—: ¡Vamos! ¡Inmersión; ¡Preparen las armas!

Y entretanto, en el lecho del océano las aguas se enturbiaban ante un movimiento frenético como si una mano invisible las agitara y removiera.

En medio de la turbulencia, cuatro enormes tentáculos, parecidos a los del pulpo, pero mucho más largos y poderosos, golpeaban los batiscafos de paredes transparentes.

El solo contacto de aquellos tentáculos era suficiente para que los batiscafos estallaran.

Los que acudían en auxilio de los atacados no podían ver, dada la turbulencia del agua. No obstante, el sonar correspondiente detectaba la presencia del elemento extraño.

—¡Información! —recabaron desde la central.

—Imposible darla, no se ve nada, pero parece evidente que hay lucha.

En la profundidad, el último de los siete batiscafos evolucionaba tratando de evitar el contacto de aquellos tentáculos, pero resultó inútil. La explosión tuvo efecto y con ellos los hombres quedaron

aprisionados bajo la presión del agua. Luego sus cuerpos parecieron corroerse por la acción química que emanaba de aquellos tentáculos extraños y mortíferos.

Cuando las aguas se aclararon, los batiscafos de retén pudieran avistar al «monstruo».

Una especie de submarino de forma alargada, como una enorme caja, se movía a ras del suelo marino.

De pronto, cuatro poderosos tentáculos surgieron de los costados y se agitaron hacia los que se aproximaban.

El agua tornó a enturbiarse.

—¡Preparen los cañones de rayos submarinos! —exclamó el jefe de la brigada de emergencia.

—¡Se aproxima hacia nosotros! —exclamó una voz.

—¡Ataquen en línea! —fue la siguiente orden del comandante—. Fuego a discreción.

Los cañones de los batiscafos arrojaron los poderosos rayos, que nunca desde la era de la paz habían sido empleados en el planeta Tierra.

Los mortíferos y seguros rayos igual a cohetes describieron sus estelas de luz brillante y azulada.

El objetivo de todos era el mismo: El submarino con tentáculos de pulpo.

Cuando los rayos llegaron al objetivo, todos esperaron ansiosos los resultados.

—¡Mirad! No le hacen nada…

Una momentánea nube se hizo en torno del monstruo metálico, pero al desaparecer los efectos, el artefacto pareció cobrar nuevo vigor.

—¡Fuego, fuego…! —gritaba el jefe.

Sin embargo, el primero de los batiscafos de socorro era alcanzado por uno de aquellos tentáculos que parecían haber alargado su longitud.

Los rayos perseguían y alcanzaban al atacante sin resultado

alguno.

—¡No es posible luchar contra él! ¡Es invencible! —terció una voz.

—Retrocedamos para poder informar —ordenó el comandante.

Pero una onda invisible parecía retener a los batiscafos e inmovilizarles…

—¡Estamos atrapados!

En la Central, el presidente era testigo de las frases entrecortadas de cuanto ocurría en el fondo del mar, lo cual se podía seguir a través de los receptores.

—Señor, señor… Es inútil luchar contra el submarino —pudo decir el comandante.

Fue lo último. Un detector anunció la destrucción del batiscafo insignia, luego siguieron las de los demás.

El control anunciaba una intensa guerra de rayos, tan ineficaces como los anteriores.

Al submarino le bastaban los tentáculos para ir acabando con los que le oponían resistencia.

Cayó el tercero, el cuarto…

Trataron de resistirse el quinto, sexto y séptimo, pero todo resultó inútil. En medio de las agitadas aguas fueron alcanzados y volatilizados por el enemigo invencible.

El submarino ya había demostrado su poder invencible, indestructible…

CAPITULO XIII

Cuando se cumplía la cuarta jornada de la retención de Caryl, en una de las naves del puesto de mando la televisión informaba de aquel poder submarino que ya había costado la pérdida de las dotaciones de veintiún batiscafos. Un puñado de hombres habían perecido luchando con una fuerza desconocida.

El propio presidente recomendó calma:

—Ciudadanos del planeta. Puedo aseguraros que las eminencias del mundo no descansan ni un solo momento estudiando el fenómeno y tratando de encontrar solución para combatir ese poder. Ignoramos exactamente de qué se trata y de dónde proviene. Las referencias que tenemos es que tiene forma de submarino y que bajo las aguas es invencible. La vieja teoría de las fuerzas ocultas en el lecho del mar cobra ahora auténtica realidad, pero la combatiremos. Si fuerzas desconocidas nos atacan, lucharemos con todas nuestras fuerzas...

El presidente continuó hablando y al terminar su alocución se encontró con el doctor Dob, que le aguardaba.

—Honorable presidente, he venido tan pronto le he oído hablar de la lucha... Soy ya viejo y la prisa no es mi aliada. Disculpe, honorable presidente, sólo pido un breve descanso.

—Hace tiempo que se abolieron las etiquetas. ¿Quién es usted?

—Doctor Dob. Hace muchísimo tiempo que no ejerzo. En realidad he dedicado mi vida a la investigación.

—Creo que le recuerdo a usted. Publicó un estudio sobre ciertas teorías...

—Sí, sí, presidente, pero al margen de lo que cada uno pueda creer con respecto a mis teorías, me he atrevido a venir a toda prisa para rogarle que por el bien de la Tierra desista usted de luchar contra fuerzas a las que nunca podrá batir con los medios que contamos.

—Parece estar muy seguro de lo que dice, Dob.

—Lo estoy, porque acepto la superioridad del enemigo..., que bien podríamos tratar de convertirlo en amigo y hasta en aliado.

—Cincuenta y cuatro hombres han muerto. ¿Cree usted que puede existir amistad entre esos asesinos y nosotros?

—No han sido «ellos» quienes han empezado el ataque, sino nosotros. Les hemos combatido sin preguntar quiénes «eran». Considero más fácil un acercamiento mediante el diálogo.

—Su intención es loable, doctor Dob, pero tenemos que prevenirnos y atacar. Temo que la gente no estaría de acuerdo si nos mostráramos blandos… De cualquier modo, soy el primer enemigo de la violencia, pero dadas las circunstancias, no veo otra forma.

—Presidente… Cuando el enemigo posee una inteligencia superior y lo demuestra, resulta descabellado y ridiculo atacarle. Ninguna posibilidad de éxito está con nosotros. Sin embargo, la ventaja auténtica se puede obtener si en vez de combatir intentamos aprender.

—Doctor, comprendo sus buenos deseos, pero insisto en presumir que carecen de práctica. Puedo asegurarle, sin embargo, que el Consejo no obrará a la ligera. Puede asistir a las deliberaciones personalmente si así lo desea. Y ahora, disculpe mi prisa. Tengo muchas obligaciones.

También. Dob las tenía.

Quería llegar al final en su experimento en la mente de Caryl. Aquella noche esperaba conseguir las últimas consecuencias.

Caryl, en su dormitorio, también aguardaba impaciente el momento culminante que le permitiera «entender» lo que le fue confiado en Damma.

Poco después iba a conseguirlo.

* * *

Aquel poder que algunos hubieran considerado como fruto de viejas historias, era auténticamente real en Dob y lo utilizó al máximo.

Cary volvió a ver sus rostro y a través del mismo, en sus brumosos recuerdos, consiguió «viajar» nuevamente a Damma.

El hombre que le recibió en aquella nave de la torre hablaba un lenguaje extraño, primitivo, sin embargo, sus palabras fueron comprendidas por Caryl.

—Tus antepasados nos atacaron —pudo traducir—.

Era una raza que se había creído superior. Las naciones poderosas gastaron sus recursos en la conquista del cosmos para deslumbrar a los países más pobres. La carrera del espacio había llegado a convertirse en obsesión de poderosos gobernantes que se creían invencibles.

El hombre continuaba hablando en lenguaje extraño, pero Caryl, sin darse cuenta, también seguía traduciendo, comprendiendo perfectamente el significado de los monosílabos de su extraño interlocutor de aspecto humano.

—En un momento nefasto para nuestro planeta, en el llamado siglo XXI de la primera etapa del planeta Tierra, una de las naves espaciales de tu planeta llegó a Damma. Ellos lo conocían con otro nombre. En aquellos momentos nuestra ciencia era muy inferior a la de los terrícolas. Ellos creían encontrarse con seres superiores y no hallaron más que una civilización en el alba de la vida… Y trataron de colonizarnos…

El interlocutor de Caryl, con voz monótona, recordaba el pasado.

Y ahora Caryl, a través de aquel esfuerzo mental, revivía la escena como si tuviera lugar en aquel instante.

Y de nuevo creía comprender al hombre que le hablaba con actitud impersonal, relatándole unos hechos históricos, acaecidos quizá un millón de años antes.

—Nuestros antepasados no recibieron ningún beneficio de los tuyos, pues lejos de ayudarnos quisieron invadir nuestro habitáculo. La Tierra tenía armas poderosas para destruirnos y tuvimos que someternos a la dictadura de gobernantes que se llamaban demócratas, pero que en el fondo eran los peores egoístas que habíamos conocido en nuestra mentalidad intelectual.

»Y llegaron más terrícolas, con sus armas poderosas, destructivas. Nuestros sabios comprendieron en seguida el mal uso que tus compatriotas hacían de los inventos que, lejos de utilizarlos para el bien, los usaban para la destrucción, y así durante años tuvimos que someternos, ser esclavos de nuestros invasores. Pero un día la maldad de los invasores encontró su castigo. La propia ambición de los hombres de la Tierra los autodestruyó. El planeta quedó autodestruido y vagó por el espacio como una masa informe y candente. De nada habían servido las ambiciones. Todo murió, pero en nuestro habitáculo continuaban los invasores. No eran muchos, pero seguían siendo poderosos…

Caryl seguía recordando.

No era necesario hacer preguntas, porque su informante lo decía todo en aquel resumen que hacía de tiempos remotos.

—Los terrícolas se sabían solos y extremaron su crueldad para hacerse respetar más y mejor. Así pasó un largo período, ellos se multiplicaron formando una raza aparte, que seguía siendo superior, pero nuestros sabios, incansables, continuaron investigando, transmitiendo a sus hijos los descubrimientos que iban realizando a través de los tiempos, hasta que llegó la hora de la liberación.

Fascinado por el relato que ahora recordaba plenamente, Caryl siguió «escuchando».

Su informante llegaba ya a la fase final:

—Ellos, con sus inventos, nos habían convertido en un pueblo sin voluntad y sin sentimientos. Mediante extrañas manipulaciones quirúrgicas éramos simples autómatas. Sólo nuestros sabios ocultos en las profundidades del planeta habían quedado libres y cuando llegó el gran día expulsamos a los invasores...

»Fue una guerra rápida, cruel, sin piedad. Los exterminamos. Tras largos siglos de dominio, volvimos a ser un pueblo libre y desde entonces vivimos con nuestros propios sistemas. Nuestros sabios nos libraron de las ambiciones y decidieron elegir el planeta por un sistema que se ha mantenido fiel e inalterable en el transcurso del tiempo. Tenemos nuestros sistemas de detección y hoy somos fuertes, infinitamente superiores al nuevo planeta Tierra, pero esos sistemas de salvaguardia nos han permitido detectar y estar al corriente de los progresos de tus compatriotas... Nosotros no queremos enfrentarnos a ellos. Nuestra venganza ya fue toda en su tiempo, pero sabemos que tratan de volver aquí. Damma, aunque tus compatriotas nunca lo han sabido con exactitud, ha sido siempre el habitáculo más próximo al vuestro. Vuelve a ser su meta, y nosotros no lo queremos. La historia se ha transmitido a través de los tiempos. La Tierra ha sido, es y será nuestro mortal enemigo. No lucharemos si no es necesario, pero que no pisen nuestro suelo. Que no lo hagan, porque les destruiremos. Vuelve con los tuyos, pon de tu parte lo necesario para boicotear sus planes. Tú puedes hacerlo. Luego trata de inculcar en los mandos que desistan de sus proyectados viajes. Háblales del inmenso peligro que correrán.

Luego su interlocutor le advirtió:

—Estarás bajo nuestro control durante algún tiempo.

Y después, terminado aquel repaso a la historia de Damma, Caryl

pudo pasear por aquella ciudad extrañamente construida.

Sin acompañante alguno tuvo la sensación de conocer perfectamente el sistema de vida del habitáculo.

Aquel poder extraordinario por ser desconocido en la Tierra, le permitía «captar» en el ambiente el sistema.

Veía a la gente con movimientos automáticos.

—De la Tierra… —seguía oyendo la voz de quien le había informado—, supimos coger lo bueno. Sus esbirros nos habían convertido en autómatas a su servicio. Los actuales habitantes son también seres que obedecen a inteligencias superiores, pero no a extraños. Sus destinos son regidos por los sabios en beneficio de Damma y en el suyo propio.

Así supo también Caryl que nadie tenía problemas, porque se desconocía el sufrimiento, y llegóse a persuadir de la bondad del sistema. Lo admitió como la forma ideal de vida y así lo había creído hasta que despertó del poder que le regía desde el habitáculo.

La visión había concluido. Ahora Caryl volvía a estar en la plenitud de sus facultades.

CAPITULO XIV

El presidente se hallaba sumamente atareado pero no por ello dejó de recibir a Caryl Lenni.

En breves momentos, el joven le puso al corriente de lo que había recordado.

—Esto demuestra el poder extraordinario que han alcanzado los moradores de Damma, señor. Poseen esas naves que jamás hemos soñado en llegar a poseer. No precisan combustible alguno. Las dominan a voluntad desde su habitáculo. Pueden dirigir a su gente a voluntad incluso a los extranjeros. Yo también he sido víctima de su poder. Estoy seguro de que si manda una nave a sus dominios, la aniquilarán.

—Yo no puedo decidir por mí mismo, Caryl —fue la respuesta del presidente—. Y sometido a debate temo que tu historia no convenza a la mayoría.

—He dicho la verdad, señor.

—¿Y cómo has podido recordar?

—Alguien me ha ayudado a distancia. Nunca le había visto, pero sé que se llama doctor Dob. Es un amigo del padre de mi esposa... Cada noche, llegado el momento de descanso, cuando me relajaba en la cama, veía su rostro y un extraño poder me obligaba a pensar... a descubrir los secretos de mi subconsciente...

El presidente recordó el nombre y la breve conversación sostenida con Dob.

—Bien, Caryl, vuelve a la nave. Se te concederá la libertad, pero ya estás enterado de que otra amenaza se cierne sobre nosotros.

—La amenaza submarina, sí, he escuchado los partes.

—¿Sabes algo de esto?

—No, no señor. Pero en Damma tienen que saberlo. Ellos controlan el cosmos...

—Pero tú mismo acabas de exponer los peligros que correría una nave si llegara a Damma.

—Una nave, sí, señor, pero yo... Ellos me eligieron una vez como intermediario entre los mandos de la Tierra y los suyos... Me permitieron ver sus sistemas, me sentía como un invitado allá arriba. En el fondo, esa gente, si alguna vez nos odió, tenía plena justificación para hacerlo. Sus invasores surgieron de nuestro planeta.

—Convocaré reunión del Gran Consejo. Tú acudirás e invita al doctor Dob, quizá pueda sernos útil. Intenta convencer a todos contándoles lo mismo que me has explicado a mí.

* * *

Caryl expuso la verdad, desde el principio. Comenzó desde el momento en que una fuerza imposible de dominar le arrastró hasta la zona del descampado donde una nave de Damma le aguardaba. Luego concluyó con la forma de vida de Damma y añadió:

—No creo que ahora nos odien. No sienten absolutamente nada hacia nosotros, pero no nos quieren. Lo dijo bien claramente el hombre que me informó. Seremos siempre sus eternos enemigos, pero no quieren combatirnos, sólo desean que nos mantengamos alejados de ellos.

—Si todo esto no es una fantasía —terció un consejero—, debiste advertir que nosotros no tenemos nada que ver con los habitantes de la primera época de la Tierra y que nuestro viaje a Damma no es con deseos de invadirles, sino de ampliar nuestros conocimientos científicos, de intercambiar ideas entre sus sabios y los nuestros.

—Seguramente, señor —repuso Caryl—, también debió ser ésa la razón de los habitantes de la primera Era, pero acabaron sojuzgando a Damma. Y de aquella reprobable conducta quedan los vestigios de esos hombres que se mueven como autómatas. A su modo viven felices, precisamente porque desconocen el valor de esa palabra. Los sabios aprendieron de sus antepasados y han adoptado de los viejos tiempos del dominio extranjero lo peor, la despersonalización del individuo. Creen que faltándoles la voluntad les evitarán toda tentación. En realidad, es una forma de despotismo, aunque nadie se beneficie de ello. En el fondo, como terrícolas, somos responsables del daño que les causaron nuestros antepasados, un daño que, sin embargo, no podemos reparar sin interferimos en su vida privada, cosa que por otra parte tampoco nos permitirían. Ellos son los fuertes. Nosotros no tendríamos nada que ganar.

El consejero protestó:

—Esto no contesta a mi pregunta, Caryl Lenni. Tú pudiste decirles el verdadero alcance de nuestro viaje.

—En aquellos momentos no podía decir nada…

Tomó la palabra el doctor Dob para salir en defensa de Caryl:

—El poder de los humanoides de Damma creo que queda expresado claramente con la utilización de su voluntad. No es posible tratar de razonar con quien domina totalmente nuestros sentidos. Caryl ya ha sentido en su propia carne ese poder.

—Yo no creo en el poder de la persuasión cerebral --espetó otro.

—Ni yo. Eso son historias viejas. La ciencia y la técnica se basan en detalles más concretos.

—Ustedes confunden las cosas. Existen poderes que llamamos ocultos porque jamás los hemos estudiado y por ello no sabemos hacer uso de ellos —defendió Dob.

—Todo el mundo conoce sus teorías, doctor —repuso otro de los consejeros—. Pero dudamos que nadie las comparta.

—Como siempre, caen en el error de no creer aquello que no les conviene. Desprecian lo que ignoran, pero yo puedo demostrarles que esas ciencias existen y hasta que el hombre de nuestro planeta no sepa usar de todos sus recursos humanos vivirá en un plano inferior.

—Nuestros antepasados no eran esclavos de nadie si nos atenemos a la historia de Caryl Lenni —protestó el que había hablado antes.

—No podemos enorgullecemos de ello, ciertamente —adujo Dob —. Pero en fin, señores, no es mi intención discutir. Urge una solución. Creo que es más difícil de lo que creen, porque estamos entre dos fuegos. Nos atacan del fondo del océano y nos desprecian en Damma. Sólo con un poder similar a alguna de esas potencias lograríamos contrarrestar los efectos.

—Su poder no existe, Dob —repuso un consejero.

—Yo voy a demostrarle que sí… Dígame su nombre, por favor.

—Tor —repuso el aludido.

—Bien, señor Tor. Está usted sentado en esa mesa. Levántese, por favor.

El doctor hablaba con sencillez, sin que su actitud demostrara poder especial alguno.

Sin embargo, Tor no se levantó.

—Vamos, intente levantarse —insistió Dob.

Tor permanecía sentado.

Intervino el presidente:

—Bien, demos una oportunidad al doctor Dob a que nos haga una demostración. Estamos aquí para hallar una solución y cualquier opinión debe ser escuchada y respetada. Así que, levántese, se lo ruego, Tor.

Pero el consejero continuó sentado.

—¿Le ocurre algo, Tor? —insistió el presidente.

—No, no señor —admitió el otro.

—¿Por qué no se levanta, señor Tor? —sonrió Dob con una leve sonrisa.

—Porque... —no podía contestar.

—Vamos, vamos, Tor —volvió a intervenir el presidente—. Respetamos su libertad, respete usted la nuestra, si no quiere levantarse dénos un motivo.

—No puede dárselo, señor presidente —adujo el doctor—. No lo sabe. Yo le pido que se levante, pero le ordeno que siga sentado.

Tor había quedado inmovilizado por completo, ni siquiera replicó a Dob como habría sido normal, en circunstancias igualmente normales.

—¿Y usted cómo se llama? —preguntó el doctor a otro de los que formaban el Gran Consejo.

—Atho.

—Levántese usted, Atho...

Ocurrió lo mismo que con Tor. El llamado Atho tampoco se incorporó de su asiento.

Dos ejemplos parecieron bastarle al presidente.

—¿Podría usted paralizar a todo el Consejo? —preguntó.

—Podría, desde luego, pero el Consejo no es todo un habitáculo. Cuando el poder ha de usarse con iniciados entonces es una lucha de voluntades, gana la más fuerte. Yo ya soy demasiado viejo, únicamente he tratado de demostrar que no es posible luchar contra los de Damma, porque aun sin armas, podrían dominamos, lo cual se ajusta al relato de Caryl. Un relato que yo creo porque en cierto modo he sido partícipe de lo ocurrido a través del propio Caryl.

—¡Señores! —habló el presidente—. Creo que no puede ponerse en duda la existencia de ese sentido o poder que escapa al dominio de la inmensa mayoría. Debemos admitir que, de acuerdo con Caryl Lenni, los habitantes de Damma nos aventajan, y puesto que no nos quieren, en su momento se debatirá la conveniencia de aplazar el viaje definitivamente o encontrar la solución a gusto de todos. Ahora vayamos al peligro submarino. Ha costado cincuenta y cuatro vidas y veintiún batiscafos. Ignoramos quién lo gobierna y a qué reino pertenece.

La exhibición de Dob le había valido varios enteros en la confianza general y el suegro de Caryl aconsejó:

—Tal vez el doctor Dob tenga alguna idea.

Y todos aguardaron a que Dob diera su opinión:

—Publiqué hace mucho tiempo un libro sobre el reino de las profundidades. Entonces sostenía que más allá del lecho donde se asientan las aguas del mar, en la bóveda gigantesca y natural de nuestro planeta, existen posibilidades de vida. Hay el oxígeno necesario que se filtra por conductos naturales, y es bajo el lecho del mar donde existen las mayores posibilidades de que se encuentre esa bóveda. Eso no quiere decir que los misteriosos atacantes de las profundidades procedan de ahí, pero tampoco hay que descartarlo.

—Doctor —exclamó Caryl—. ¿Podría usted utilizar su ciencia para atraer a ese enemigo de las profundidades?

—No lo sé...

—Ellos, los de Damma, consiguieron atraerme... Consiga usted lo mismo.

—En Damma han podido detectarnos, pero nosotros yo en este caso concreto, lo ignoro todo... De todos modos si soy autorizado a ello lo intentaré... —repuso dando muestras de fatiga.

—Se lo ruego— indicó el presidente—. Hágalo, doctor.

—Está fatigado, creo que debería descansar —dijo el profesor.

—Soy viejo, ya lo he dicho. Me disgustaría dejarles en mitad de camino. Mi existencia no puede eternizarse.

Se alzaron murmullos de voces pidiendo a Dob que se cuidara. Ahora que comprendían que era el único que podía ayudarles, todos estaban con él.

El presidente admitió:

—Estamos en sus manos. Justamente cuando habíamos conseguido la unidad y la paz, el bienestar general y unos sistemas de defensa que creíamos perfectos, surgen esos enemigos implacables. ¿Por qué?

—Tal vez, querido presidente —sonrió Dob—, estamos pagando las culpas de nuestros antepasados... El tiempo siempre ha sido relativo en el espacio. Nunca partimos del cero absoluto... Recogemos herencias y dejamos las nuestras. Por ello, nuestra generación, que parece ser la más pura, debe velar para que esta pureza impere hasta el fin, así nuestra herencia será digna y los que nos han de preceder en la época que fuere llegarán hasta donde nadie ha podido llegar jamás, llegarán a conocer la felicidad, pero para ello es necesario dejar una herencia limpia, sin odios, sin rencores... Tal vez, tal vez en alguna época eso se consiga...

El doctor Dob dejó un gran vacío en la sala cuando se retiró. Más que nunca todos confiaban en él.

CAPITULO XV

Caryl y su suegro, cada uno en sus respectivos automotores, acompañaron a Dob, que les precedía en el suyo.

Se reunieron en casa del viejo doctor, que fue en busca de alguno de sus viejos y amarillentos volúmenes.

Tras una breve lectura, se concentró en sí mismo. Lo que tenía que hacer no precisaba de ayudas.

De pronto se enderezó como si hubiese «visto» algo.

—Es horrible —exclamó.

El profesor y Caryl cambiaron una mirada.

—Debí haberlo supuesto... —siguió soliloqueando Dob.

—¿Qué ocurre? —inquirió Caryl impaciente.

—Es más grave de lo que suponía. Trataré de resumirlo. Según los escasos datos que he podido obtener al respecto, existió una vez un planeta conocido con el hombre de Epsilón... —hizo una pausa y continuó—: Otro planeta lo atacó y sus moradores quedaron sometidos al invasor, pero algunos de los seres de Epsilón lograron huir robando una de las naves de los invasores y lograron desaparecer. La creencia general fue de que algo había fallado en la nave y quedaron desintegrados en el vuelo, pero existen versiones de que aquellos seres huidos lograron encontrar habitáculo y fundar una sociedad que ha ido desarrollándose a través del tiempo...

La explicación de Dob hasta aquí no parecía tener relación alguna con el problema de Tierra, sin embargo, el doctor aclaró:

—¡Epsilón es Damma!

—¿Eh? —exclamaron llenos de asombro suegro y yerno.

—Sí. Tiene que ser así. Es el único conocido de nuestra galaxia, en nuestro sistema planetario... Los atacantes submarinos son los descendientes de aquellos escindidos. Estos no son indiferentes como sus hermanos de Damma, han vivido para la venganza... Tal vez en las entrañas de la Tierra, más allá de las profundidades abismales, o puede que en otro habitáculo, cabe la posibilidad de una vida errante,

quizá nunca lo sepamos, pero viven para vengarse y sospecho que ha llegado el momento…

—¿Pueden ser esos seres escindidos de Damma los que robaron los planos en el laboratorio Central?

—¡Claro que sí! Poseen las mismas características que los habitantes de Damma. No dejan huella gracias a que sus señales personales pertenecen a otra magnitud de onda, las ondas de su ser son igualmente distintas. ¡Sí! ¡Sólo existe una raza en los espacios conocidos bajo ese aspecto! ¡Son ellos, si cabía alguna duda, ahora ya se ha disipado!

—Entonces… , ¿no tenemos posibilidad de defensa? —terció el profesor.

—No. No las tenemos. Acaso sólo consiguiendo disuadirles… Pero no sé… , no sé… Llamaré a la Central. Que pongan a mi disposición un batiscafo.

—Yo le acompañaré, doctor —se prestó Caryl.

—Y yo —adujo el padre de la esposa de Caryl.

—No. Prefiero ir solo. El riesgo es grande y yo… ya soy viejo.

—Precisamente, doctor. Si el riesgo es grande nadie puede pedirle que lo corra usted solo… Profesor, avise a Lona, dígale lo mucho que pienso en ella, pero ahora es el futuro lo que nos jugamos.

Tomó el teléfono y estableció contacto con la Central.

* * *

El batiscafo especial estaba listo. Sus únicos ocupantes eran Dob y el joven Caryl Lenni.

—Sin armas de ninguna clase. Es del único modo que «ellos» sabrán que vamos en son de paz.

Uno de los técnicos les señaló el punto de las coordinadas donde había tenido lugar la lucha que costó la vida a las expediciones de reconocimiento.

El doctor comprobó la latitud y asintió:

—Todo es correcto. Allí nos sumergiremos.

Más tarde, a solas los dos hombres en el batiscafo. Caryl quiso

conocer más detalles de la vieja leyenda.

El profesor le complació.

—Quieren aniquilarnos. Han vivido sólo para ello y ahora son fuertes. Lo han demostrado.

—¿Y por qué robaron los planos de nuestro último

modelo de nave? No tiene sentido. Si hubiesen sido los de Damma...

—Sí tiene sentido. Intentan quitarnos toda oportunidad de huir —razonó Dob—. Quieren encerrarnos en el planeta y destruirnos... No sé, no sé..., si lograré entenderme con ellos.

—Llegamos a la latitud indicada, doctor.

—Sí. Ha llegado el momento de sumergirnos...

Caryl consultó las coordenadas.

—Se hizo el silencio, mientras el batiscafo (1[5]) se hundía en el mar.

Atento al sonar, o detector, Caryl estableció contacto con la base terrestre.

—Sin novedad.

—Les seguimos —repuso el presidente desde el otro lado del transmisor.

El batiscafo seguía internándose en el agua. Los potentes focos taladraban las tinieblas que aumentaban a medida que el artefacto ganaba en profundidad.

—¿Capta algo, profesor?

—Es lejano, remoto. Pero están ahí...

Caryl echó una ojeada al sonar y murmuró:

—Empieza a oscilar.

—Sí. Nos aproximamos a su escondite.

Las pantallas no reflejaban nada, sólo las algas, las rocas, los bancos de peces que huían asustados ante la extraña invasión. No había la menor sombra de algo que no perteneciera a la flora y fauna

marítima.

De nuevo se estableció la comunicación con la base de la Central. El presidente recordó:

—Estamos preparados para cualquier emergencia.

—Bien, señor. Pero no hagan nada si no es absolutamente necesario. Debemos seguir las instrucciones del doctor.

—Las seguiremos —repuso la voz del presidente.

—¡Silencio! —exclamó Dob—. Les estoy captando...

—¿Son muchos?

—No lo sé... Capto la influencia de un ser con raciocinio propio...

—Dígale que queremos parlamentar... Que no llevamos intenciones agresivas.

—No es necesario. Ellos pueden detectarnos antes que nosotros. Ahora ya saben que vamos desprovistos de armas... Y saben también que... ¡Un momento! ¡Saben que estoy aquí! Están utilizando su poder... ¡Silencio!

El doctor pareció caer en un profundo trance. Con los ojos cerrados estaba perfectamente concentrado.

El silencio se prolongó durante unos momentos. Luego el doctor pareció volver a la realidad.

—¡Huyamos! —exclamó.

Rápidamente, Caryl pulsó los botones de aceleración para emerger a la superficie.

—¿Qué ha pasado?

—No admiten pacto alguno. Su lema es concreto: Destrucción.

Caryl pasó a informar a la base y el presidente prometió:

—Todos nuestros efectivos se ponen en marcha. Los aparatos de defensa ultrasónicos sobrevolarán la zona. Huyan de los dominios del enemigo. Si quieren luchar que lo hagan en nuestro terreno.

—Es lo que estamos haciendo, señor —repuso Caryl.

Entretanto, de las bases de defensa una nube de aparatos

despegaban para dirigirse a la zona de peligro sobre el mar.

El batiscafo seguía su línea ascendente.

—Más de prisa, Caryl —recomendó el profesor—. Tratan de imponer su poder e inmovilizarnos.

—¿Por qué no quieren parlamentar?

—Porque es tal como yo dije. Se han ido preparando para la venganza. Destruirán la Tierra.

El batiscafo surgió a la superficie cuando una primera oleada de aparatos se aproximaba.

—¡No, no! —gritó Dob—. Que no se aproximen. Serán engullidos...

Caryl transmitió.

—Ordenen retirada.

El doctor habló personalmente.

—Que no sobrevuelen la zona marítima, sólo lejos de ella no entrarán en su campo de influencia.

De la base central se cursó la orden, pero algunos pilotos habían sobrepasado ya el límite.

—¡Cuidado! ¡Que retrocedan! —gritó Dob.

Era demasiado tarde, el extraordinario poder de atracción de aquel artefacto que se movía bajo las aguas, regido por los instintos vengativos de un clan, había destruido ya al primer aparato que cayó en barrena hundiéndose en las profundidades. Momentos después se producía una gran explosión.

Otro de los aparatos abrió fuego defendiéndose del invisible enemigo.

—¡No, no! ¡Retírese! —gritó Caryl.

Cegado, el piloto se aproximó a la zona y de repente perdió el control.

—¿Con qué clase de fuerza nos enfrentamos? —espetó un comandante de la base, viendo que un tercer aparato perdía el control y se hundía en el mar estallando igualmente momentos después.

—¡Date prisa, Caryl! —dijo el doctor—. Estoy tratando de

contener su influencia, pero son superiores a mí… Me sobran unos años…

El batiscafo, convertido en nave ordinaria, navegaba a toda la velocidad posible.

Los aparatos se replegaban para no entrar en la zona de influencia de los escindidos de Damma.

La guerra había empezado y por la forma de desarrollarse, las posibilidades terrícolas eran mínimas.

CAPITULO XVI

Habían llegado al litoral, donde les esperaba un helicóptero para poder salir de la zona de peligro con mayor rapidez.

—¡Doctor! —exclamó Caryl—. Siento la llamada de Damma .. Tratan de comunicarse conmigo.

—Repíteles mi nombre mentalmente... —adujo Dob—. Si tienen algo que comunicarnos, yo les contestaré... Al cabo de un silencio, Caryl murmuró:

—Quieren que vuelva. Me ofrecen una oportunidad... Siento que..., que tengo que ir...

—¡No, espera! Resiste. Puedes hacerlo. Trata de entablar diálogo.

—No quieren hablar con usted, Dob.

—Lo sé. Me doy cuenta. Siento esa influencia en ti y creó captar lo que tratan de decirte.

—No... No acabo de comprenderlo... —murmuró Caryl.

—Yo, sí. Ellos saben que la Tierra va a ser destruida. Te eligieron como emisario y cumpliste, pretenden salvarte.

—Sí. Eso es —comprendió Caryl.

—Pide hospitalidad para todos, y naves... La guerra sería inútil. Al menos unos cuantos podrían salvarse...

—¡Han mandado una nave, doctor! Una nave para mí..., en el mismo sitio que la otra vez.

Caryl trataba de dominar sus impulsos ante aquella fuerza que le inclinaba a dirigirse hacia la zona que le indicaban los de Damma.

Se resistía.

El doctor, siempre a través de la mente de Caryl, captaba también los mensajes.

—Sólo te ofrecen plaza a ti...

—No quiero... No quiero renunciar a Lona. Allí sería un esclavo como ellos.

—Hay quien prefiere vivir como esclavo que perecer.

—Sería un egoísmo por mi parte...

—Vivir como un esclavo ofrece la oportunidad de perpetuar la raza... Los tiempos cambian y surgen las oportunidades.

—No quiero vivir como un esclavo. Sólo le aceptaría si no tuviera que separarme de Lona.

—Sí. Lo comprendo, prefieres la lucha, puede que..., que si halláramos el punto vulnerable de los atacantes... ¡En Damma tienen que saberlo! Mantén el contacto, Caryl.

—¿Qué pretende?

—Descubrir ese punto débil del enemigo...

Pero la lucha final había empezado ya. De entre las aguas emergió aquel extraño submarino. Había aumentado considerablemente dé tamaño gracias a las extremidades que se prolongaban. Se enderezó sobre las aguas. Cuatro tentáculos se elevaron vomitando chorros de fuego dirigidos a los aparatos.

La influencia de aquellos rayos pronto se dejó notar en los sistemas de defensa que a su vez intentaban combatir atacando con unos rayos demasiado endebles para la fortaleza del enemigo.

Por contra, uno tras otro, los terrícolas se sentían atraídos, cuando no abatidos, por el fuego destructor de aquellos tentáculos movibles que giraban vertiginosamente disparando sobre blancos seguros como si fueran incapaces de errar uno solo de sus certeros impactos.

Pero no era sólo la destrucción en el aire lo que amenazaba al planeta sino lo que comenzó a suceder a partir de aquel instante.

Una enorme cola apareció bajo el extraño artefacto marino. Una cola de metal que arrojó algo en las profundidades.

Bajo el agua se produjo una explosión con una onda expansiva totalmente desconocida.

Las tranquilas aguas sufrieron un brusco empujón. Olas gigantescas se elevaron hasta quinientos metros de la superficie

amenazando con inundar toda la zona.

La tremenda onda agrietó el firme más allá de las dunas de la playa. Enormes simas quedaron al descubierto, mientras los edificios de las zonas más próximas recibían los primeros efectos. Bastantes casas se desmoronaron como si hubieran sido construidas con papel. Nuevas zonas se agrietaron, mientras en el interior de los lagos del centro surgieron imponentes géiseres.

Y el oleaje continuaba, habiendo inundado ya la zona de la playa. La cinta de arena de la playa había desaparecido por completo y el mar ganaba kilómetros y kilómetros de tierra.

En la línea del horizonte se produjo una nueva explosión, como si el lecho del océano hubiese reventado. La agitación de las aguas había llegado a su punto culminante.

Momentos después dos olas consecutivas, más elevadas que las primeras, arrasaban un poblado entero.

Varias rutas habían quedado cortadas por las enormes grietas. Los puentes para los pasos elevados, más próximos al departamento marítimo, volaron por los aires unos o se hundieron otros.

Y en medio del caos, una voz repetía a Caryl:

—Tienes la última oportunidad de escapar del fin, Caryl. Tienes la última oportunidad.

—¡Me voy a casa, Dob! No quiero que Lona siga sola. —Y accionó los mandos del helicóptero que sobrevolaba aquella destrucción. En todas partes surgían explosiones o se producían simas de profundidades inverosímiles. A lo lejos, el mar seguía avanzando y las gigantescas olas cubrían el horizonte.

—¡Caryl! ¡Caryl! ¡Hay un medio! ¡Hay un medio! Es necesario encontrar su punto débil en las ondas. Es un procedimiento que ya había sido utilizado. Debemos encontrar su frecuencia en cuanto la encontremos podemos atacar. Pero habría que ir al laboratorio central. Déjame en cualquier parte. Allá abajo mismo. Conseguiré un automotor.

—No, profesor. Le dejaré en mi casa. Está en la zona sur, no creo que hasta allí haya llegado todavía la destrucción. Luego iré a la zona central. Comunicaré entretanto.

Intentó hacerlo, pero no encontró el modo.

—Es la destrucción total, Caryl. Todos los sistemas están averiados. La potencia de los atacantes paraliza nuestros sistemas. Se basan en las ondas… Habrá que trabajar de prisa…

—¡Doctor! —exclamó de pronto Caryl—. ¿No lo ha advertido? Estoy libre de la influencia de Damma.

En aquel mismo instante una nave triangular abandonaba la tierra.

Caryl había perdido su oportunidad, pero no le importaba.

* * *

—Cuide de mi esposa, doctor, y tú, Lona, cuídale a él también —dijo Caryl, dispuesto ya para regresar a la base.

Las explosiones se oían de todas partes, y aunque aquella zona era la menos afectada, la tierra empezaba a acusar los efectos de la destrucción interior.

Caryl a bordo ya del moderno helicóptero, ponía rumbo a la Central. A medida que avanzaba, los destrozos eran mayores. Poblados enteros, zonas fértiles y bien cuidadas se habían convertido en montones de ruinas. Prados inmensos ofrecían sus grietas que habían dado al terreno una nueva configuración.

La lluvia de fuego se confundía con las constantes olas de un mar desbordado.

Poco después, Caryl se reunía con los mandos de la defensa. El presidente estaba con ellos.

—¡Las ondas! Es necesario buscar la frecuencia de ondas. Lo ha dicho Dob.

El presidente se mostró pesimista.

—Nuestros técnicos ya lo habían pensado, Caryl. No ha dado resultado. Su frecuencia es desconocida totalmente. Y el material de que está construido su artefacto es inatacable.

—Sin embargo, deben tener su punto vulnerable. Insistan en las ondas. No hay materia que no pueda transformarse. Sea lo que sea, el compuesto de su material debe tener su punto vulnerable.

Tenían que realizar el trabajo contra-reloj, cada momento que transcurría jugaba a favor de los atacantes. Cuando la Tierra llegara al límite, estallaría… Pensando en aquello y tras largo tiempo de

trabajar, Caryl exclamó:

—Cuando el planeta quede destruido, ellos tendrán que volver a su escondrijo. Eso prueba de que no es bajo las aguas donde tenían su guarida...

—Exacto, Caryl. Has dado en la diana —repuso la voz de Dob, tras suyo.

—¡Doctor! ¿Por qué ha vuelto?

—Porque he pensado en algo de vital importancia. Ya sé dónde radica el punto vulnerable... Está fuera del agua. Fíjense que resisten el embate de las olas. El contacto con el agua es su punto fuerte, las corrientes magnéticas procedentes de las simas terrestres son su fuente de energía y su seguridad, pero en el aire serían vulnerables...

Tras la explicación, expuso su plan.

—¿Han conseguido su frecuencia de ondas?

—Sí, pero no coincide con ninguna de las conocidas.

—No importa... Ahora escúchenme bien. Yo puedo atraerlos, durante unos momentos. Paralizaré su acción y trataré de mantenerles algún tiempo fuera de su fuerte. Durante ese período que será muy breve, bastará el choque para hacerles estallar.

—¿El choque? —inquirió Caryl.

—Sí. Sólo necesito a un técnico en explosivos. Prepararemos una cabeza atómica, pero sólo será efectiva con el choque y recuerden, mientras se hallen fuera de su sistema protector.

El artefacto seguía con su poder destructor, mientras en la base todos trabajaban aceleradamente para terminar en el menor tiempo posible.

Dob cuidó de regular la cabeza atómica con las ondas.

—Estalla cuando las dos frecuencias igualen, y sólo igualarán por contacto entre dos cuerpos extraños entre sí. Al ser antagonistas el choque acelerará la destrucción. El piloto que conduzca el aparato no tendría salvación posible, por ello es mejor mandar uno de los bólidos especiales que puedan ser teledirigidos.

—Usted va a correr el mayor peligro, Dob —murmuró el presidente—. Le habíamos menospreciado y ahora...

—¡Bah! Olvídelo. Yo nunca he vivido pensando en los placeres… Y si a mi vejez puedo salvar el planeta… ¿Qué mayor satisfacción puede caberme?

Caryl no quiso abandonarle.

* * *

Un aparato especial tripulado por el propio Caryl (1[6]) se puso en marcha, mientras Dob hacía funcionar aquel poder oculto de que ya había hecho gala…

Los tentáculos del armatoste atacante parecieron aflojarse.

El doctor anotaba los datos que recibía de sus antagonistas.

—No se acerque… No queremos parlamentar. Continuaremos la destrucción total…

—Si lo hacen —contestó el profesor—, iremos a su escondrijo y les pagaremos con la misma moneda… Sabemos dónde está su escondrijo. No somos tan idiotas, su frecuencia de ondas nos ha dado la pista. Que cese el fuego, que cese la destrucción…

El doctor dejó de anotar, parecía fatigado, pero tranquilizó a Caryl diciendo:

—Están bajo mi influencia. Acércate… Es un riesgo que debemos correr.

Caryl accionó los mandos. De nuevo los «poderes» de ambas partes volvieron a ponerse en funcionamiento.

—Estoy tratando de atraerles —manifestó Dob.

El artefacto coleó en el agua y al fin comenzó a elevarse como si fuese a la caza del vehículo tripulado por Caryl.

—¡Ha producido efecto, doctor! —exclamó Caryl.

—Aléjate ligeramente, no podemos correr, no puedo perder contacto con ellos.

Caryl tenía abierto el control especial para cortas distancias a fin de informar a la base.

—Preparados. El artefacto sube en línea recta —y a continuación facilitó la posición exacta en la escala de coordenadas.

—Ya está lo suficiente lejos, Caryl. Mantén la distancia.

—Sí, doctor.

—¡Listo!

—¡Listo, comandante! —dijo el doctor.

—¡Fuego! —exclamó Caryl, a su vez.

—¡Ya! —exclamó el encargado de lanzar el bólido.

El vehículo ultrasónico ocupado con el pequeño proyectil de cabeza nuclear salió a la caza del extraño artefacto que ahora parecía suspendido en el aire, con los tentáculos fláccidos y la cola replegada. Como las naves de Damma podía mantenerse inmóvil en el aire.

—No puedo más, Caryl. ¿Viene o no ese proyectil?

—Sí, Dob. Ya está cerca.

—Entonces, huyamos, ¡ya!

Caryl aceleró el bólido.

Por un momento pareció que el artefacto perdía estabilidad para volver a la protección magnética que necesitaba. Pero el bólido le alcanzó en la parte superior.

La explosión hizo vibrar al aparato que tripulaba Caryl. La extraña nave surgida de las profundidades, desapareció.

—¡Lo hemos conseguido, doctor! —exclamó Caryl. Pero el doctor ya no podía responder. Su esfuerzo, la emoción acaso, o la edad, le habían vencido. Estaba muerto.

—¡Doctor Dob...! —exclamó Caryl inútilmente. La conjura contra la Tierra había terminado.

EPILOGO

Había transcurrido un largo período. Los poblados habían sido reconstruidos y el planeta en general volvía a ofrecer un aspecto próspero. Lo único que había cambiado para siempre era la configuración de algunos parajes, quedaban las grietas como testimonio de un fin que no llegó a consumarse. Eran cosas que podían considerarse como naturales.

Se erigió un monumento a los millones que murieron en la estúpida venganza y en las altas esferas se estudió un plan de defensa más eficaz y se dio impulso a los estudios del espacio.

En varios lugares surgían estatuas que perpetuaban la memoria del doctor Dob como salvador del planeta.

Se había creado una facultad donde se estudiaban las posibilidades de utilizar los sentidos ocultos.

Se hablaba de futuros viajes y Caryl, que volvía a ocupar su puesto en la fábrica, fue llamado a la Central, también renovada, para tener una entrevista con el presidente.

—Le felicito por su nueva fórmula del combustible. Es cien veces más potente que la que considerábamos como definitiva... Ello permitirá llevar nuestras exploraciones hasta puntos que por el momento nos resultaban prohibitivos.

—Espero, señor, que ningún miembro del Consejo piense en intentar el viaje a Damma.

—Se ha hablado de ello alguna vez Caryl, pero a todos les basta recordar la tragedia... No. Dejemos que los de Damma sigan su propio destino. Ellos han cumplido su palabra no atacándonos... Nosotros tampoco pisaremos su suelo.

—Sí, señor, opino que es mejor así, por lo menos hasta que no nos sea posible poner en práctica los medios del doctor Dob... Cuando las personas de mundos distintos podamos entendernos sin necesidad de la palabra, será el momento de admitir que las relaciones entre los humanoides de toda la galaxia han dado un gran paso para la mutua

coexistencia.

—Tiene razón, Caryl… Las palabras pueden ser falsas, el pensamiento es lo que vale…

* * *

Otra jornada, una de las destinadas a descanso, Caryl y Lona habían ido a pasear cerca de un lago. Nadaron en las aguas cristalinas.

De repente, ella al salir del agua tuvo un ligero desvanecimiento.

—¡Lona! —exclamó él, corriendo a su encuentro.

Ella sonrió.

—No es nada, no te asustes. —No es lógico que te suceda esto…

—Sí, querido, lo es… Creo que por fin se han logrado nuestros deseos.

—¿Eeeh?

—Sí, amor mío… Vamos a tener descendencia.

Y él la abrazó con todas sus fuerzas. Ya ninguna influencia extraña podía alejarlo de la Tierra.

F I N



(1) En esa época el día y la noche se dividen en 8 controles distribuidos de la siguiente forma: 2 para el descanso, 2 para el trabajo y los otros cuatro libres. (Se entiende por descanso el de las horas de dormir.)

(1) Festivo: El plazo laboral se distribuye del siguiente modo: Tres días de

trabajo activo a razón de dos «controles» diarios, y tres días de descanso.

(1) Se da el nombre de fin de semana para mayor comprensión, aunque el vocablo es impropio toda vez que los períodos laborales se contaban por tercios, un «doble tercio» incluía el trío de jornadas de descanso.

(1) Se da el nombre de fin de semana para mayor comprensión, aunque el vocablo es impropio, toda vez que los períodos laborales se contaban por tercios, un «doble tercio» incluía el trío de jornadas de descanso.

(1) No son propiamente los batiscafos conocidos en la Tierra del siglo XX, sino naves acuáticas con propulsión propia que pueden navegar y sumergirse a voluntad. Eran utilizadas sólo para exploraciones submarinas, un tanto dejadas de lado en esa era.

(1) En el año 300 de la era de los acontecimientos, aparte de que tripular vehículos aéreos se consideraba elemental por su sencillez, todos los hombres del planeta y un elevado porcentaje de mujeres sabían hacerlo con mayor o menor pericia.